

CAPÍTULO 4

METÁFORA Y METONIMIA

- 4.1. De la retórica a la vida cotidiana
- 4.2. La metáfora
 - 4.2.1. Metáforas conceptuales
 - 4.2.2. Metáforas de imagen
 - 4.2.3. Las imágenes esquemáticas y la hipótesis de la invariabilidad
- 4.3. La metonimia
 - 4.3.1. Puntos de referencia y zonas activas
 - 4.3.2. Metonimia y metáfora: similitudes y diferencias
- 4.4. Poesía en acción
 - 4.4.1. Idiomática
 - 4.4.2. Las metáforas pueden matar
- 4.5. Conceptualización y lenguaje figurado

4.1. De la retórica a la vida cotidiana

Por muy poco atraídos que nos sintamos por la poesía, todos llevamos un poeta dentro de nosotros. El pensamiento figurado es un hecho real que impregna nuestra vida cotidiana. Basta con detenerse un momento a escuchar a la gente:

- (1) a. Aquel individuo era una rata repugnante
- b. Eso te va a costar un ojo de la cara
- c. Pásame el agua, por favor

Oraciones como éstas se oyen todos los días; por tanto, se consideran poco dignas de atención. Sin embargo, cada una de ellas contiene expresiones no literales. Por ejemplo, parece claro que el individuo del ejemplo de (1a) no es un sucio animal de alcantarilla y parece poco probable —y muy poco aconsejable— que una

compra se realice a cambio de una parte del cuerpo (1b). Y el enunciado más inocente de todos, el de (1c), ciertamente no puede interpretarse de forma literal —es decir, como una petición del líquido sin la jarra que lo contiene—, a no ser que al receptor no le importe mojarse. ¿Qué es lo que guía la interpretación en estos casos? La hipótesis de trabajo que vamos a plantear aquí es que todos nos regimos por las pautas que establece nuestra poética internalizada (cfr. Gibbs 1994). A lo largo de este capítulo, analizaremos la concepción cognitiva de la metáfora y de la metonimia e ilustraremos su aplicación a dos ámbitos: el estudio de la idiomaticidad, ejemplificado con varias expresiones fraseológicas del español, y el análisis del discurso, centrado en un estudio de las metáforas utilizadas durante la guerra del Golfo.

4.2. La metáfora

Uno de los mitos existentes sobre la metáfora es que es propia únicamente de los registros formales, de la escritura, y sobre todo de la poesía y de algunos géneros narrativos. En una obra ya clásica, Lakoff y Johnson (1980) refutan esta creencia tradicional. Apoyándose en centenares de ejemplos, estos autores demuestran de manera convincente que la metáfora está al orden de día también en el lenguaje cotidiano y que afirmar lo contrario carece de fundamento. A partir de esta monografía, la metáfora adquiere un rango especial dentro de la naciente lingüística cognitiva. No se contempla como una mera figura retórica, ni tampoco como una anomalía lingüística; al contrario, se entiende como un proceso cognitivo que impregna nuestro lenguaje y pensamiento habitual. La conclusión a la que se llega es que la base de la metáfora radica en nuestro sistema conceptual: constituye un mecanismo para comprender y expresar situaciones complejas sirviéndose de conceptos más básicos y conocidos (véanse, por ejemplo, Johnson 1987; Lakoff 1987a).

La metáfora es un fenómeno tan ubicuo y tan usual que muchas veces ni siquiera nos damos cuenta de su presencia en nuestro propio discurso. Aunque su naturaleza figurada quizá no sea obvia a simple vista, los enunciados de (2) y de (3) se valen de un proceso metafórico de uso cotidiano, en el que la CANTIDAD se concibe en términos de VERTICALIDAD (cfr. Lakoff & Johnson 1980: 15-16):

- (2) MÁS ES ARRIBA:
- a. La inflación siempre *sube* más de lo que dice el Gobierno
 - b. El índice de paro es muy *alto* en nuestra comarca
 - c. Los *elevados* costes de producción están obligando a muchas empresas a instalar sus fábricas en países donde la mano de obra es más barata
- (3) MENOS ES ABAJO:
- a. Los bancos tendrán que *bajar* los tipos de interés
 - b. En las rebajas de enero, *caerán* los precios
 - c. Este año se ha registrado un *descenso* importante en la intención de voto

Debido a su alto grado de convencionalidad, esta metáfora resulta prácticamente "invisible" para el hablante medio, en el sentido de que se trata de un esquema que está tan integrado en nuestro sistema conceptual que no reparamos en su existencia de forma consciente. Sin embargo, su carácter metafórico se hace patente al advertir que entidades abstractas como la inflación, los tipos de interés o los precios no suben ni bajan en realidad (es decir, no se desplazan físicamente en un eje vertical, ni hacia arriba, ni hacia abajo, como lo pueden hacer el humo de un cigarro o la hoja de un árbol, respectivamente). Ahora bien, la existencia de esta metáfora no debería resultar extraña, ya que tiene sus raíces en nuestra experiencia cotidiana. Por ejemplo, si vertemos agua en un vaso, cuanto mayor sea la cantidad de líquido, más elevado será el nivel alcanzado. Por tanto, la correlación entre la cantidad de una sustancia y el nivel al que llega *motiva* la existencia de esta metáfora (cfr. Lakoff & Johnson 1980: 16).

Antes de abordar con mayor detenimiento el tratamiento cognitivo de este concepto, ejemplificaremos, en la tabla 1, algunas de las principales metáforas (adaptadas de las propuestas por Santos & Espinosa 1996: 45 y Ungerer & Schmid 1996: 121):

TABLA 1. Principales metáforas

MORIR ES PARTIR	Nuestro amigo nos ha <i>dejado</i>
LAS TAREAS DIFÍCILES SON CARGAS	Quiero quitarme este <i>peso</i> de encima
LAS PERSONAS SON ANIMALES	El <i>muy burro</i> me dijo que no sabía resolver el problema
LA VIDA ES UN VIAJE	<i>Va por la vida</i> sin la más mínima preocupación
LAS TEORÍAS SON EDIFICIOS	Esta teoría carece de <i>fundamentos</i> empíricos
EL TIEMPO ES UN OBJETO DE VALOR	El tiempo es <i>oro</i>
LAS IDEAS SON ALIMENTOS	No pienso <i>tragarme</i> ni una mentira más
EL AMOR ES UNA GUERRA	Ella lo <i>conquistó</i> con su sonrisa

4.2.1. METÁFORAS CONCEPTUALES

A la hora de abordar la descripción de la metáfora, conviene establecer una distinción entre **expresiones metafóricas**, por una parte, y **metáforas conceptuales**, por otra. Esta distinción resulta básica para el análisis cognitivo de la metáfora, ya que permite desvelar generalizaciones que, de otro modo, quedarían ocultas. Las metáforas conceptuales son esquemas abstractos, como los que acabamos de ver en la tabla 1, que sirven para agrupar expresiones metafóricas. Una expresión metafórica, en cambio, es un caso individual de una metáfora conceptual.¹ Detengámonos en los ejemplos siguientes:

- (4) a. Sánchez *atacó* mi trabajo sobre la imparcialidad de los jueces
 b. Eugenio *defenderá* hasta la muerte su teoría de la semántica autónoma
 c. Algunos filósofos han intentado *derribar* la noción de revolución científica

1. Para describir la distinción en términos analógicos, las metáforas conceptuales se parecen a fonemas, en el sentido de que son entidades puramente mentales; las expresiones metafóricas, en cambio, son como sonidos, entidades que tienen manifestaciones "palpables", que se pueden oír. Es importante, sin embargo, no llevar esta analogía hasta sus últimas consecuencias, ya que existe una clara diferencia entre los dos fenómenos: la fonología no tiene existencia fuera del ámbito del lenguaje, mientras éste no es el caso de la metáfora, que tiene manifestaciones no lingüísticas (véase § 4.5 *infra*).

- d. La profesora *torpedeó* mis hipótesis acerca de la obra de Kafka
 e. Con la llegada de Chomsky, los estructuralistas quedaron *diezmados*

Si analizáramos todos estos ejemplos uno por uno, como expresiones aisladas sin conexión alguna entre ellas, perderíamos una generalización importante. No es que cada uno de estos ejemplos presente una metáfora distinta, sino al contrario: todos sugieren la misma idea metafórica, en la que empleamos conceptos procedentes del dominio de la GUERRA para conceptualizar y razonar sobre el dominio de la ARGUMENTACIÓN. Esta idea metafórica —en este caso, la idea de que LA ARGUMENTACIÓN ES UNA GUERRA— constituye una metáfora conceptual.

Siguiendo a Lakoff y Johnson (1980), la estructura interna de las metáforas conceptuales se analiza de la siguiente manera: llamaremos **dominio origen** al dominio que presta sus conceptos y **dominio destino** al dominio sobre el que se superponen dichos conceptos. La metáfora se entiende, pues, como la proyección de unos conceptos desde un dominio conceptual (el dominio origen) hacia otro dominio conceptual (el dominio destino).² Para entender con más claridad la estructura interna de una metáfora conceptual analicemos los siguientes ejemplos:

- (5) *Dominio origen*: LOS ALIMENTOS *Dominio destino*: LAS IDEAS
 a. ¿Y eso cómo *se come*?
 b. No *me trago* lo que me estás diciendo
 c. Algo *se está cociendo* en la Moncloa
 d. Me cuesta *digerir* tanta información

Todas estas expresiones metafóricas responden a una misma metáfora conceptual: LAS IDEAS SON ALIMENTOS, en la que se proyectan facetas del dominio origen de LOS ALIMENTOS al dominio destino de LAS IDEAS. Esto significa que estas expresiones metafóricas convencionales forman parte de un sistema coherente y, por tanto, no son expresiones arbitrarias, sin motivación alguna.

2. En este apartado esbozamos la teoría de la metáfora que siguen la mayoría de los trabajos cognitivistas. Recientemente, sin embargo, Gilles Fauconnier y Mark Turner (cfr. Fauconnier & Turner 1994, 1998; Turner & Fauconnier 1995) han propuesto una alternativa interesante desde la teoría de los espacios mentales (cfr. también Ruiz de Mendoza 1998). Con todo, el enfoque de Fauconnier y Turner y el que aquí presentamos no son incompatibles.

Por otro lado, para el establecimiento de la estructura interna de una metáfora es fundamental el concepto teórico de **proyección** (ingl. *mapping*). Como veremos, las proyecciones se concretan en una serie de correspondencias que enlazan el dominio origen con el dominio destino. De acuerdo con Lakoff y Kövecses (1987), las proyecciones se subdividen en dos tipos (véase también Lakoff 1987a). El primer tipo de proyección son las **correspondencias ontológicas**, que, simplemente, vinculan subestructuras entre los dominios origen y destino. Por ejemplo, en la metáfora conceptual LAS IDEAS SON ALIMENTOS:

- a. las ideas corresponden a los alimentos;
- b. la persona que come los alimentos corresponde a la persona que acepta la idea;
- c. cocinar el alimento corresponde a concebir la idea y
- d. digerir el alimento corresponde a comprender la idea.

Así pues, la función de las correspondencias ontológicas es poner de manifiesto las relaciones analógicas que existen entre las partes más relevantes de cada dominio.

El segundo tipo de proyección son las **correspondencias epistémicas**. Estas difieren de las correspondencias ontológicas en que no conectan subestructuras entre los dos dominios, sino que representan el conocimiento que se importa del dominio origen al dominio destino. Para ilustrar esto hagámonos la pregunta siguiente referente a la metáfora conceptual LAS IDEAS SON ALIMENTOS: ¿qué es lo que tienen en común las ideas y los alimentos? Objetivamente, nada. No obstante, si pensamos en la función básica de la alimentación, veremos que, por analogía, podemos trasladar esta información al dominio destino:

Dominio origen: los alimentos sustentan el cuerpo.
Dominio destino: las ideas sustentan la mente.

El papel de las correspondencias epistémicas es, pues, el de expresar las intuiciones que extraemos del dominio origen para razonar sobre el dominio destino. Son, en definitiva, aquellos aspectos del conocimiento comunes a ambos dominios.

Antes de proseguir, cabe hacer dos puntualizaciones importantes sobre la estructura de las metáforas conceptuales. En primer lugar, conviene señalar que, cuando establecemos correspondencias entre los dominios origen y destino, no proyectamos toda la

información de un dominio sobre otro, sino solamente parte de ella. En este sentido, reflexionemos un momento sobre la metáfora LAS PERSONAS SON ANIMALES:

- (6) LAS PERSONAS SON ANIMALES:
 - a. El jefe es muy burro a veces
 - b. Desde luego es un cerdo
 - c. ¡Vaya besugo!
 - d. ¡Qué bestia eres!

En el plano de las expresiones metafóricas, únicamente se proyectan determinadas características relevantes de los ANIMALES sobre las PERSONAS. Así, en una oración como 6a), sólo se proyecta la cualidad de ser muy obstinado o poco espabilado; aquellos otros atributos que resultan irrelevantes para esta interpretación simplemente no se proyectan sobre el dominio destino (por ejemplo, las cuatro patas, el rabo o la piel del animal). Por otro lado, en el plano de las metáforas conceptuales parece que, bajo circunstancias normales, no podemos utilizar cualquier tipo de animal para designar metafóricamente a una persona. Por ejemplo, parece poco probable que podamos decir en el lenguaje cotidiano:

- (7) a. ?? Ese chico es un petirrojo
- b. ?? El Sr. García es un ciervo

Es decir, en la metáfora del lenguaje cotidiano no solemos aprovechar todos los elementos posibles que contiene un determinado dominio origen (cfr. Lakoff & Johnson 1980: cap. 11).³

La segunda puntualización que conviene hacer tiene que ver con el hecho de que, en la gran mayoría de las metáforas conceptuales, el dominio origen resulta ser más accesible que el dominio destino (cfr. Sweetser 1990: 18; Taylor 1989: 138, entre otros). Este patrón de direccionalidad, de lo concreto a lo abstracto, es completamente normal en la metáfora. Así, a menudo conceptualizamos el TIEMPO en términos del ESPACIO (8a), las DIFICULTADES en términos de OBSTÁCULOS (8b) y los DESEOS en términos de SED (8c):

3. Esto constituye una notable diferencia entre el lenguaje cotidiano y el literario, ya que oraciones como las de (7) podrían darse (tal vez) en el contexto de una poesía de tipo surrealista. De aquí que se tienda a pensar que el lenguaje literario dispone —al menos potencialmente— de más recursos y de más capacidad innovadora que el lenguaje cotidiano. En realidad, la diferencia radica en que el lenguaje literario tiene una gran capacidad de incorporar metáforas, y otras figuras, no convencionalizadas, sin que ello vaya en detrimento de la comprensión, lo cual no siempre sucede en el lenguaje cotidiano.

- (8) a. El paquete estará allí *dentro* de dos semanas
 b. El *obstáculo* más grande que veo es conseguir que los votantes nos crean
 c. Tenía *sed* de venganza

De este modo, sacamos partido de aquellos dominios que están bien delimitados en nuestra experiencia cotidiana y los utilizamos para entender otros dominios que resultan ser menos accesibles para nuestra comprensión.

4.2.2. METÁFORAS DE IMAGEN

Hasta aquí hemos hablado de las metáforas como si sólo hubiera un tipo. Sin embargo, siguiendo a Lakoff (1987b), cabe distinguir entre la *metáfora conceptual* y la *metáfora de imagen* (véase también Lakoff & Turner 1989). Como hemos señalado antes, las metáforas conceptuales funcionan como plantillas cognitivas que proporcionan campos semánticos enteros de expresiones metafóricas. Las metáforas de imagen, en cambio, son metáforas concretas que proyectan la estructura esquemática de una imagen sobre la de otra. Un buen ejemplo de ello se halla en (9):

- (9) Italia es una bota

En este caso se proyecta la forma global de una bota (es decir, el dominio origen) sobre la forma global de la península Itálica (el dominio destino). Lógicamente, las diferentes partes de una bota corresponden a las diferentes partes de Italia: por ejemplo, las provincias del norte corresponden a la parte superior de una bota; la provincia de Calabria, a la punta, y la provincia de Puglia al tacón. Nótese, no obstante, que la proyección entre los dos dominios es parcial y selectiva, ya que las correspondencias se dan únicamente entre el contorno global de una bota y el de la península Itálica. Así, no todos los accidentes geográficos de Italia tienen una perfecta correspondencia con todas y cada una de las partes de la bota; tan sólo aquellos rasgos del contorno global de estas dos entidades figuran en la proyección.

Conviene insistir de nuevo en que la *metáfora conceptual* es diferente de la *metáfora de imagen* en un aspecto importante: mientras que una *metáfora conceptual* proporciona un patrón para un

sistema determinado de expresiones metafóricas, una *metáfora de imagen* es, según Lakoff (1987b), una expresión metafórica "única", basada en una imagen más bien visual. Por ejemplo, el significado de la voz *ratón*, tal y como se usa en el dominio de la informática, se basa en la proyección de la forma esquemática del cuerpo del animal sobre el armazón del aparato y la de la cola sobre el cable. Es decir, una *metáfora de imagen* se construye únicamente a partir del emparejamiento de la imagen esquemática de un dominio origen con la de un dominio destino.⁴ En conclusión, la *metáfora conceptual* funciona como pauta para expresiones metafóricas concretas; la *metáfora de imagen*, en cambio, se basa en correspondencias entre facetas perceptivas del dominio origen y del dominio destino.

4.2.3. LAS IMÁGENES ESQUEMÁTICAS Y LA HIPÓTESIS DE LA INVARIABILIDAD

En los apartados anteriores hemos comentado cómo es la estructura interna de la metáfora, pero hemos hecho pocas alusiones directas a las restricciones a las que están sujetas. Una restricción evidente tiene que ver con la naturaleza parcial de las proyecciones. Como hemos apuntado ya, las proyecciones entre el dominio origen y el dominio destino no son completas. De hecho, esto es lógico, ya que, si fuese posible proyectar íntegramente todo el dominio origen sobre el dominio destino, el resultado no podría ser otra cosa que una tautología. Esto se ve claramente en la oración de (10):

- (10) Un hombre es un hombre

Por supuesto, la única manera en la que puede haber una correspondencia perfecta entre dos entidades es si éstas comparten exactamente la misma identidad. La función de la metáfora, en cambio, no es la de poner en relación entidades que son exactamente iguales, sino simplemente aquellas que sean analógicamente semejantes. De ahí que una proyección metafórica haya de tener lugar forzosamente entre dos entidades de dominios diferen-

4. Lakoff (1987b) impone a las metáforas de imagen la condición de no pertenecer a ningún sistema metafórico. A nuestro juicio, tal restricción es demasiado fuerte, ya que dejaría sin explicación plausible casos como el *ratón del ordenador*, que no podría constituir una *metáfora de imagen* por el simple hecho de pertenecer a la *metáfora conceptual* LOS OBJETOS SON ANIMALES (cfr. Garachana & Hilferty 1994).

tes; de otra forma, la metáfora no satisfaría su función como mecanismo que vehicula el razonamiento analógico.

Pero ¿qué constriñe las proyecciones? Según la creencia más generalizada, las proyecciones se ven condicionadas por lo que Johnson (1987: caps. 2-5; 1991: 8-14) denomina **imágenes esquemáticas**. Se trata de una subclase de imágenes conceptuales (en el sentido que hemos apuntado en el apartado 3.4) que surge de experiencias perceptuales y motoras recurrentes en el curso del desarrollo cognitivo (cfr. Gibbs 1994: 414-417; Gibbs & Colston 1995: 364-370; Mandler 1992). La hipótesis que se presenta es que, a partir de la interacción corporal que tenemos con el entorno, abstraemos ciertas pautas que luego subyacen a buena parte de nuestro sistema conceptual. Las imágenes esquemáticas, pues, son el producto de nuestra habilidad de esquematizar y reconocer similitudes entre objetos y situaciones. Y lo que es más importante: sirven para fundamentar los procesos simbólicos que impregnan profundamente la cognición cotidiana.

Centrémonos en una imagen esquemática como la de la CIRCULARIDAD. Esta imagen esquemática surge de manera natural de la percepción gestáltica, así como de nuestra experiencia cenestésica (es decir, corporal) de ciertas trayectorias giratorias —los carruseles, por poner un ejemplo—, y subyace a conceptos convencionalizados como *círculo*, *redondo*, *rodear* y *en torno a*. Así pues, cada uno de estos conceptos parte de la misma imagen esquemática, pero se concreta en una imagen semántica distinta. En concreto, *círculo* perfila una figura geométrica de dos dimensiones; *redondo*, en cambio, designa una cualidad de una curvatura total en el contexto de dos o tres dimensiones; *rodear* se refiere a un proceso que traza un recorrido circular que encierra otra entidad; y *en torno a* define atemporalmente una zona más o menos arqueada que se extiende completamente alrededor de un punto de referencia determinado. Estas diferencias de imagen aparecen representadas en la figura 1.⁵

5. Dicha diferencia se proyecta en el nivel de la sintaxis, ya que, como se puede observar, se trata de categorías sintácticas diferentes, a pesar de la evidente relación semántica que existe entre las palabras *círculo*, *redondo*, *rodear* y *entorno a*. Como muy bien explica Langacker (1987: caps. 5-6; 1991: caps. 5-7), un mismo significado puede concretarse en diferentes formas gramaticales según cómo se construya y profile. O, dicho al revés, las categorías gramaticales son estructuras simbólicas que resultan de presentar un contenido bajo una forma determinada. Obtenemos un sustantivo como *círculo* si incidimos en el objeto, en la "entidad" en sentido general; es decir, si perfilamos la región bidimensional definida por la circularidad. En cambio, si perfilamos el proceso que lleva a describir un recorrido circular, como relación temporal, el resultado es un verbo (*rodear*). Si no focalizamos la entidad, sino la relación considerada atemporalmente, podemos obtener un adjetivo como *redondo* o una preposición como la que indica la relación espacial entre *una cerca* y *la casa* si decimos *Había una cerca en torno a la casa* (cfr. cap. 3, § 3.4).

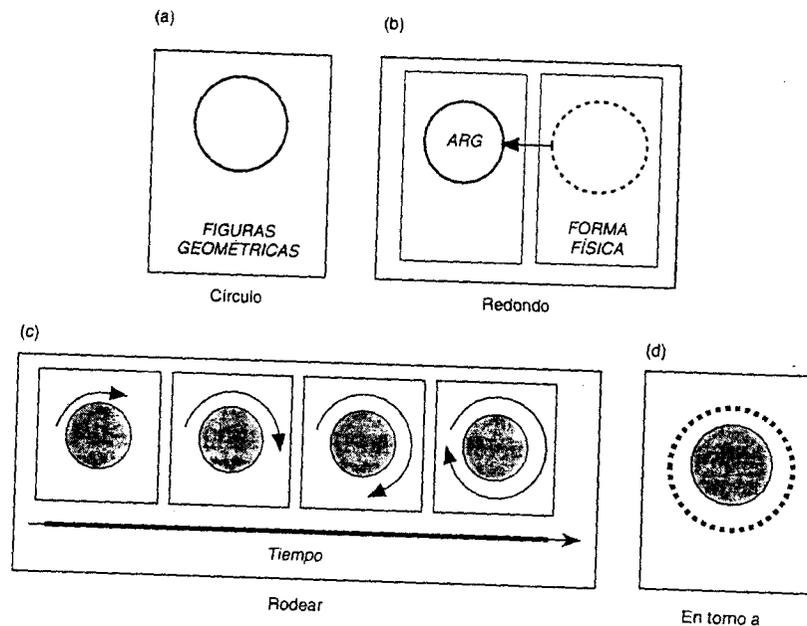


FIG. 1. Estructura semántica de círculo, de redondo, de rodear y de en torno a.

A pesar de su evidente valor intuitivo, no se ha producido todavía una constatación empírica de las imágenes esquemáticas (véase, con todo, Gibbs & Colston 1995). Consecuentemente, su condición resulta de momento un tanto incierta, aunque se va confirmando su plausibilidad en las obras de algunos neurocientíficos y filósofos de la mente (cfr. Edelman 1992: 247-250). Aquí sólo comentaremos brevemente la hipótesis de que debe haber varias decenas de imágenes esquemáticas, como mínimo, que van desde el omnipresente PARTE-TODO hasta el EQUILIBRIO, el CONTACTO y el CONTENEDOR (cfr. Johnson 1987: 126). Es preciso hacer hincapié en que todos estos esquemas tienen como eje central el cuerpo humano y su interacción con el entorno. Dada la inmensa importancia de la experiencia corporal, parece lógico otorgarle un papel sustancial que repercuta en la configuración de muchos conceptos: sin el trasfondo de pautas sensoriomotoras como las imágenes esquemáticas, los procesos conceptuales carecerían de una base palpable en la que fundamentarse.

Cada imagen esquemática tiene, en virtud de su organización interna, su propia lógica. Si bien las imágenes esquemáticas no se conciben dentro de la lingüística cognitiva como estructuras posicionales, es verdad que, en cierto sentido, tienen propiedades que sientan las bases para el cómputo de inferencias. Sin pretender entrar en los detalles de un análisis exhaustivo, el esquema de CIRCULARIDAD se basa en una estructura cerrada y, como tal, si se recorre su perímetro, un lado conduce al otro y viceversa. Es precisamente este tipo de inferencias lo que puede motivar extensiones metafóricas, como en (11):

- (11) La definición es circular: un coche es un automóvil y un automóvil es un coche

La idea de una definición circular obedece a la lógica de la organización interna de un círculo: un término *X* remite a otro *Y*, que a su vez remite al término *X*. Dicha concepción queda esquematizada en la figura 2.

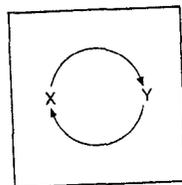


FIG. 2. Imagen esquemática de la circularidad metafórica.

Puesto que se respeta la lógica interna de la imagen esquemática que subyace al dominio origen y al dominio destino, no se producen incompatibilidades insuperables entre los dos dominios. Esto es, en el fondo, lo Lakoff y Turner denominan la **hipótesis de la invariabilidad**, es decir, el principio de que la proyección metafórica se realiza conservando las imágenes esquemáticas entre los dominios (véanse, por ejemplo, Lakoff 1990; Turner 1990, 1991: 172-173).

Analicemos una oración como la de (12). Nos podemos preguntar por qué dicha oración es apropiada para describir un empleo en el que las perspectivas de promoción a un buen cargo son básicamente nulas.

- (12) Mi trabajo es un callejón sin salida

Según la hipótesis de la invariabilidad, esta pregunta tiene una respuesta bastante obvia: ambos dominios, el origen y el destino, son compatibles con estructuras esquemáticas como TRAYECTORIAS y BARRERAS. Evidentemente, la lógica de las trayectorias dicta que un agente puede avanzar en su recorrido a no ser que haya algún tipo de obstáculo que se lo impida. Por supuesto, un peatón que pasea por un callejón sin salida y un trabajador que ve que su cargo no conducirá a otro mejor se hallan en situaciones análogas: tanto uno como el otro no tienen más remedio que reconocer que no van a poder progresar más.

Ahora bien, si se empleara el ejemplo de (12) para describir un trabajo en el que las perspectivas de futuro fueran buenas, el resultado sería un enunciado poco adecuado. Y esto es así precisamente por la incompatibilidad de las estructuras de imágenes esquemáticas: el dominio origen sugiere que el progreso no puede seguir cuando la noción de progreso continuado es justo la idea que se quiere dar en el dominio destino. La imposibilidad de conciliar el no progreso con el progreso crea una tensión excesiva entre los dos dominios y, como consecuencia, la expresión metafórica fracasa: el enunciado no expresa lo que debe expresar, porque la estructura esquemática del dominio origen transgrede la del dominio destino.

De acuerdo con esta explicación, el nivel de compatibilidad que existe entre las facetas básicas de las imágenes esquemáticas inherentes en los dos dominios permite o impide el éxito de una metáfora determinada.⁶ De hecho, como acabamos de ver, es el dominio destino el que parece imponer restricciones en el dominio origen (cfr. Turner 1990: 251, 254; 1991: 59, 172). Si decimos, por ejemplo,

- (13) La lengua latina es la madre de la castellana

la metáfora resultante es adecuada, porque las relaciones de ANTES y DESPUÉS (que se derivan de la relación madre e hija) están secuenciadas de tal manera que podemos extraer la inferencia de que *X proviene de Y* (Turner 1990: 252; 1996: 54). Pero si decimos:

- (14) *La lengua castellana es la madre de la latina

6. En este sentido, la hipótesis de la invariabilidad tiene mucho en común con la propuesta de Gentner (1983, 1988), en la que se postula que la metáfora surge de las correspondencias que se establecen entre estructuras relacionales. No entramos en las diferencias entre las dos propuestas; para ello, véase Turner (1991: 272-274, n. 21).

la metáfora falla, ya que las relaciones del orden de acontecimientos no logran ponerse en correspondencia correctamente y, como consecuencia, la estructura esquemática del dominio origen contradice la del dominio destino.

4.3. La metonimia

Nuestra poética interiorizada no se basa exclusivamente en la metáfora: incluye todo tipo de lenguaje figurado, como, por ejemplo, la metonimia, la hipérbole o la ironía. De estas figuras, la metonimia es la que recibe un tratamiento más pormenorizado desde la lingüística cognitiva. No obstante, aún no existe un tratamiento unificado de este proceso y, por lo tanto, el análisis propuesto en estas páginas resultará un tanto ecléctico. Para aproximarnos a este concepto definiremos, en primer lugar, los conceptos de *punto de referencia* y *zona activa* y estableceremos, después, las semejanzas y las diferencias que presenta la metonimia respecto a la metáfora.

4.3.1. PUNTOS DE REFERENCIA Y ZONAS ACTIVAS

En una primera aproximación, la **metonimia** puede definirse cognitivamente como un tipo de referencia indirecta por la que aludimos a una entidad implícita a través de otra explícita. Para comprender esta definición, examinemos brevemente el enunciado siguiente, en el que se emplea una metonimia EL TODO POR LA PARTE:⁷

(15) Suena el teléfono

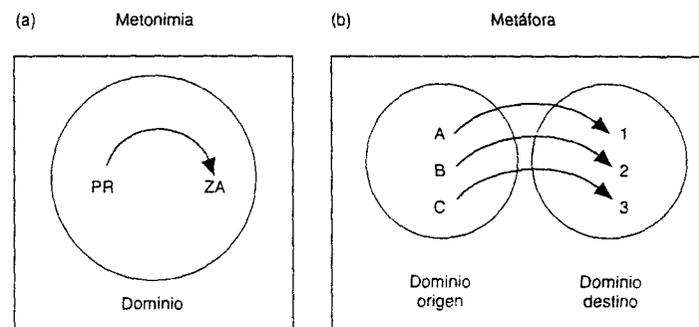
Es de sentido común que, cuando pronunciamos una oración como la de (15), no estamos diciendo que suena literalmente todo el teléfono. Por nuestro conocimiento del mundo sabemos que, en realidad, sólo suena una parte del aparato: el timbre. Es decir, aunque es el teléfono el que recibe una mención explícita en (15), el timbre —en tanto entidad que participa directamente en la relación en cuestión (la de *sonar*)— es el “referente lógico”, o bien lo que en gramática cognitiva se denomina la **zona activa** (cfr. Lan-

7. En el marco de la lingüística cognitiva no se toma en consideración la distinción tradicional entre sinécdoque y metonimia, sino que se engloban bajo la misma rúbrica. La sinécdoque se considera como una simple subclase de metonimia en la que se produce una relación PARTE-TODO.

gacker 1984, 1987: § 7.3.4). Dicho de otro modo, el teléfono es el **punto de referencia** que activa la subparte relevante (*el timbre*) y, como tal, sirve para vincular *el teléfono* con *suena*. Entre las metonimias más utilizadas, podemos destacar las que aparecen en la tabla 2 (adaptadas de las citadas en Santos & Espinosa 1996: 46-48 y en Ungerer & Schmid 1996: 116).

4.3.2. METONIMIA Y METÁFORA: SIMILITUDES Y DIFERENCIAS

En cierta medida, la metáfora y la metonimia se parecen, puesto que ambas constituyen procesos conceptuales que relacionan entidades. Sin embargo, a diferencia de la metáfora —que opera entre dos dominios—, la metonimia opera dentro de los confines de un único dominio (cfr. Lakoff & Turner 1989: 103).⁸ Ésta es una puntualización importante, puesto que permite distinguir un proceso de otro: la metáfora asocia entidades provenientes de dos dominios distintos (el dominio origen y el dominio destino); la metonimia, por el contrario, asocia dos entidades conceptualmente contiguas pertenecientes al mismo dominio: el punto de referencia (PR) y la zona activa (ZA), como representamos en la figura 3.



PR = punto de referencia
 ZA = zona activa
 A, B, C = atributos del dominio origen
 1, 2, 3 = atributos del dominio destino

FIG. 3. Metáfora vs. metonimia.

8. Taylor (1989: 123-124 y 133) insinúa esta misma idea. Para reflexiones acerca de la importancia de los dominios cognitivos en la metáfora y la metonimia, véanse Croft (1993), Gibbs (1994: 321-324), Kövecses y Radden (1998).

TABLA 2. Principales metonimias

LA PARTE POR EL TODO <i>Es un turbo diesel precioso</i>	PR: turbo diesel	ZA: coche con motor turbo diesel
EL TODO POR LA PARTE <i>En verano lavaba el coche una vez por semana</i>	PR: el coche	ZA: el exterior del coche
EL CONTENIDO POR EL CONTINENTE <i>Se bebió tres copas de vino</i>	PR: la copa	ZA: el contenido de la copa
LA PERSONA POR SU NOMBRE <i>No estés en las listas</i>	PR: tú	ZA: tu nombre
EL LUGAR FÍSICO POR LA INSTITUCIÓN SITUADA EN ESE LUGAR <i>París aún no se ha pronunciado al respecto</i>	PR: París	ZA: el gobierno francés
EL LUGAR POR EL ACONTECIMIENTO <i>Bosnia está a punto de ser otro Vietnam</i>	PR: Vietnam	ZA: la guerra de Vietnam
LA INSTITUCIÓN POR LAS PERSONAS RESPONSABLES <i>La universidad ha aprobado los planes de estudio</i>	PR: la universidad	ZA: los responsables de la universidad
EL PRODUCTOR POR EL PRODUCTO <i>¿Puedes pasarme un kleenex?</i>	PR: marca Kleenex	ZA: pañuelo de papel
EL CONTROLADOR POR LOS SUBORDINADOS <i>Solana podría bombardear a los serbios</i>	PR: Solana	ZA: los soldados bajo el control de Solana

Para demostrar la distinción básica entre metáfora y metonimia, consideremos el ejemplo de (16), que podría haberse dicho después de un accidente vial.

(16) Me dieron en el guardabarros

Tal ejemplo nos permite realizar varias observaciones sencillas, pero esclarecedoras, que nos pueden servir de guía a la hora de diferenciar las dos figuras conceptuales. Comencemos por la consideración totalmente banal de que los humanos no tienen guardabarros, lo que hace difícilmente explicable el pronombre *me*, aparentemente igual al de *Me dieron en el brazo*. Así, el enunciado de (16) tiene que entenderse en sentido figurado. La segunda observación que cabe hacer es que no atribuimos propiedades del coche al conductor, ya que resulta imposible confeccionar un esquema de correspondencias (ontológicas) entre ambos conceptos. Esto es fácilmente corroborable a través de una pequeña pregunta: ¿qué parte del cuerpo humano corresponde al guardabarros? En este caso, no parece factible responder a la pregunta, dado que es difícil imaginar correspondencia alguna; podemos deducir, por tanto, que no estamos ante una metáfora.

Si no podemos establecer las correspondencias necesarias para construir una metáfora, lo más probable es que estemos ante una metonimia. Y esto es precisamente lo que pasa en el ejemplo de (16): nos referimos indirectamente al coche a través de la mención del conductor (que, en nuestro ejemplo, se designa mediante el clítico *me*). Esta metonimia es posible porque ambos conceptos son colindantes (es decir, conceptualmente contiguos) en el dominio de la CONDUCCIÓN DE COCHES. Por tanto, existe una **activación expansiva** (ingl. *spreading activation*) que vincula la zona activa (el coche) con el punto de referencia (el conductor). Desde esta perspectiva, el aparente desfase que existe en la oración *Me dieron en el guardabarros* se desvanece fácilmente, ya que los conductores y los guardabarros están intrínsecamente relacionados mediante la noción de coche. Sólo es necesario designar de alguna manera una estructura suficientemente preeminente que, al mismo tiempo, pueda activar otras del mismo dominio.

A pesar de las diferencias que acabamos de esbozar, ciertamente existen algunos paralelismos entre la metáfora y la metonimia dignos de mención (cfr. Lakoff & Johnson 1980: cap 8; Lakoff & Turner 1989: 103-104). Al igual que existen metáforas concep-

tuales, existen también **metonimias conceptuales**. Y como las **metáforas conceptuales**, éstas funcionan como plantillas para la formulación de **expresiones metonímicas**. Por ejemplo, cada oración de (17) constituye una manifestación palpable de una metonimia conceptual bastante conocida.

- (17) a. ¿Me podrías pasar la sal?
 b. No he vuelto a leer a Freud desde que murió mi madre
 c. El batería de este grupo es muy bueno

La oración de (17a) se sirve de la metonimia comúnmente conocida como EL CONTENIDO POR EL CONTINENTE, en la que se sobreentiende que el hablante quiere que su interlocutor le pase el salero que contiene la sal y no unos granitos sueltos. En este mismo sentido, la oración de (17b) no se refiere a leer la persona de Freud, sino a leer su obra; en consecuencia, se sirve de la metonimia EL AUTOR POR SUS OBRAS. El ejemplo de (17c) es quizá más interesante, ya que existen algunos indicios gramaticales que advierten de la existencia de una metonimia. En este ejemplo, la desviación en la concordancia "normal" del género, entre el determinante (*el*) y el sustantivo (*batería*), ayuda a guiar una interpretación metonímica de EL INSTRUMENTO POR QUIEN LO TOCA. Así, se comunica que se trata de un músico de sexo masculino y no un objeto de género gramatical femenino. Queda claro, pues, que la metonimia no es un mero ornamento discursivo; es un mecanismo de carácter conceptual por el que nos referimos a una estructura implícita (la zona activa) a través de otra explícita (el punto de referencia).

Por otro lado, la diferencia estructural entre metáfora y metonimia —es decir, el hecho de operar en un dominio cognitivo o entre dos dominios— nos conduce a otra más importante: la metonimia es un mecanismo principalmente referencial, con el que remitimos a una estructura implícita por medio de otra de mayor preeminencia. La metáfora, en cambio, es un proceso de analogía, por el que concebimos un concepto de un dominio en términos de otro. Así pues, más que un mecanismo referencial, la metáfora es un procedimiento que facilita nuestra comprensión de cosas que, de otra manera, serían difíciles de concebir y de expresar en sus propios términos.

A pesar de estas diferencias, es importante reconocer que la metonimia y la metáfora no pueden ser operaciones cognitivas mu-

tuamente incompatibles, porque algunas expresiones se sirven de ambos procesos a la vez, como vemos en (18):⁹

- (18) Carlos se fue con el rabo entre las piernas

La interpretación metafórica global de esta expresión se construye sobre la base de una metonimia. Evidentemente, la locución *irse con el rabo entre las piernas* se relaciona prototípicamente con la idea de un perro que se aparta de un rival más fuerte. Pero ¿cómo llegamos a tal conclusión? Si tomamos en cuenta el conocimiento que tenemos acerca de los perros, la respuesta resulta bastante sencilla: aunque esta expresión no hace referencia explícita a un perro en retirada, la alusión directa a ciertas partes del cuerpo del animal nos orienta en nuestra interpretación. Es decir, en el dominio de los CANINOS, la posición de la cola (entre las piernas) implica sumisión. Por lo tanto, la interpretación se fundamenta en una deducción metonímica del tipo LA PARTE POR EL TODO. A partir de esta metonimia podemos proyectar la imagen ofrecida por esta locución hecha sobre el dominio de las personas, metaforizando la MARCHA DE UNA PERSONA HUMILLADA en términos de la RETIRADA DE UN PERRO DERROTADO. De acuerdo con tal ejemplo, parece claro que los procesos de la metonimia y la metáfora no son necesariamente excluyentes, sino que a veces funcionan conjuntamente y de forma complementaria.

4.4. Poesía en acción

En la vida cotidiana, nuestro discurso —y, por supuesto, el discurso de otros— está lleno de concepciones figuradas. Esto es inevitable, ya que, como apuntan Lakoff y Johnson, gran parte de nuestro sistema conceptual es figurativo. En los dos subapartados siguientes vamos a ilustrar cómo se manifiestan las concepciones figuradas a través del lenguaje cotidiano. Primero, investigaremos las expresiones idiomáticas. Veremos que, a diferencia de muchos —la mayoría, quizá— de los enfoques lingüísticos actuales y tradicionales, el fenómeno de la idiomatidad encaja con bastante na-

9. Goossens (1990) es la referencia más usual para la interacción que él denomina "metatónímica". Cfr. también Barcelona (en prensa), Gibbs (1994: 449-451), Lakoff y Kövecses (1987: 196-203), Lakoff y Turner (1989: 104-106), Taylor (1989: 138-139), Ungerer y Schmid (1996: 133-136), entre otros.

turalidad en el esquema cognitivista. En segundo lugar, examinaremos un ejemplo de retórica política utilizada para justificar una intervención militar de las fuerzas occidentales a principios de esta década. Esta ilustración pondrá de manifiesto que, pese a su carácter cotidiano, hay que estar al acecho de ciertos aspectos del pensamiento y lenguaje figurados, puesto que tienen el poder de realzar ciertas facetas de una escena que el locutor quiere subrayar, encubriendo otras no menos importantes.

4.4.1. IDIOMATICIDAD

Las expresiones idiomáticas se han caracterizado tradicionalmente como secuencias de palabras más o menos fijas cuya estructura semántica global es arbitraria respecto a la de sus partes. Así, la idiomática se ha igualado con bastante frecuencia a la no composicionalidad semántica. Poco a poco esta idea generalizada se va desvaneciendo y las frases hechas son consideradas cada vez menos como un simple saco de metáforas muertas.¹⁰ En este apartado comentaremos la estrategia cognitivista para la interpretación de los modismos. Basándonos, principalmente, en los conceptos de metonimia, metáfora y conocimiento enciclopédico, demostraremos que estas expresiones convencionalizadas son mucho más composicionales de lo que se pudiera esperar en primera instancia.

Lo primero que hay que reconocer al abordar el estudio de las frases idiomáticas es que éstas forman una clase bastante heterogénea. Esto se debe, probablemente, a su carácter híbrido —en parte sintagmático, en parte léxico—. Sea como fuere, parece claro que la lexicalización de sintagmas es una cuestión de grado. En un extremo existen expresiones como, por ejemplo, *tomar las de Villadiego* y *no pintar nada*, cuyos significados están poco motivados por sus componentes individuales, al menos sincrónicamente, por lo que se consideran opacas. Y, en el otro extremo, hay frases hechas como *echar leña al fuego* o *de tal palo, tal astilla*, que poseen

10. Véanse, por ejemplo, Fillmore *et al.* (1988), Geeraerts (1989a, 1989b; 1995), Gibbs (1990, 1994: cap. 6), Glucksberg (1993), Lakoff y Kövecses (1987), Langacker (1987: 93-94 y *passim*), Nunberg *et al.* (1994), Webelhuth y Ackerman (1994). Entre la bibliografía en catalán y en español destacaremos la introducción al monográfico sobre fraseología de V. Salvador (1995), el estudio cognitivo de Sancho (en prensa) sobre estructuras fraseológicas en catalán y los libros de Ruiz Gurillo (1997, 1998), sobre el español.

estructuras internas más analizables, por lo que éstas juegan un papel importante en su interpretación. Como veremos, no todo lo idiomático es opaco. Aunque algunas unidades fraseológicas sean, hasta cierto punto, analizables, no podemos deducir que se trata de un fenómeno totalmente transparente.

Para empezar a tratar el problema de la interpretación de los modismos, pensemos en una expresión como *tener las manos atadas*, que se puede emplear en un intercambio como (19).

- (19) A: Oye, ¿me vas a ayudar, sí o no?
B: Lo siento, pero tengo las manos atadas

¿Cabe considerar composicional un giro como éste? Nosotros nos atrevemos a afirmar que sí (al menos en buena medida), pero sólo si el análisis toma en cuenta el conocimiento enciclopédico. En este caso, lo fundamental es el conocimiento que tenemos acerca de las manos y la importancia que tienen a la hora de efectuar tareas de casi cualquier tipo. Es, por tanto, poco sorprendente la inferencia de que las MANOS se asocian metonímicamente con la CAPACIDAD DE OBRAR (cfr. una frase hecha como *echar una mano*). Evidentemente, dado nuestro conocimiento del mundo, sabemos que, si tenemos las manos inmovilizadas, probablemente, nos falte capacidad de obrar. Y es justamente eso lo que proyectamos de la imagen de tener las manos atadas al papel protagonizado por B en (19). Así, conectando las facetas relevantes de nuestro conocimiento enciclopédico y el suceso en cuestión, tiene perfecto sentido la interpretación que damos a la respuesta de (19): básicamente, que B no puede prestarle ayuda a A. Esta posibilidad de establecer una cadena de inferencias sugiere que la interpretación no es arbitraria y esto, a su vez, implica que la expresión en cuestión es bastante composicional.

Por otro lado, uno de los problemas que entraña el punto de vista tradicional, que sostiene que las frases idiomáticas son arbitrarias en cuanto a su interpretación —y, en consecuencia, son locuciones no composicionales—, es que las frases hechas suelen ser difícilmente definibles mediante una paráfrasis escueta (cfr. Gibbs 1994: 303-306). Para comprobarlo, detengámonos de nuevo en la respuesta de B. *Tener las manos atadas* no quiere decir simplemente que uno no puede hacer alguna cosa: quiere decir algo más. Cuando B se disculpa alegando que *tiene las manos atadas* está sugiriendo que el hecho de que no pueda ayudar a A no es por elec-

ción personal, sino por circunstancias ajenas a su voluntad. Esta inferencia extraída del dominio destino cuadra perfectamente con nuestras intuiciones en el dominio origen: si tenemos las manos atadas, no las tenemos así *motu proprio*, sino en contra de nuestra voluntad y por culpa de un agente que nos obliga a estar de esa manera. Esta es una observación clave, porque demuestra que las palabras que integran la expresión *tener las manos atadas* efectúan una contribución individual a la interpretación global.

Lo que pone de manifiesto esta discusión es que no se debe confundir la no literalidad con la no composicionalidad; simplemente, son dos cosas diferentes. Por supuesto, se podría refutar esta afirmación defendiendo que no hay nada en las palabras individuales de *tener las manos atadas* que especifique directamente que B no puede obrar a favor de A. Si bien esto es así, sólo lo es hasta cierto punto. Por un lado, como acabamos de argumentar, los componentes de esta frase hecha contribuyen al significado global. Por otro, existen numerosos trabajos psicolingüísticos que indican que, en general, las frases idiomáticas no requieren una lectura literal inicial para que se pueda aprehender su interpretación figurada (cfr. Gibbs 1990: 428). La relación entre los dominios origen y destino es un tanto complicada; pero existen indicios empíricos que apuntan a que el significado idiomático se analiza en términos de la imagen vehiculada por el dominio origen (cfr. Gibbs 1990: 427-428).

Para apoyar la idea de que las frases idiomáticas encuentran motivación en la interpretación de las partes, examinemos un ejemplo como el de (20):

(20) Tengo el pelo atado

Parece evidente que algunas imágenes son más adecuadas que otras para expresar determinados significados. En este sentido, sería probable que (20) fracasara estrepitosamente como una expresión que significara 'no poder hacer algo'. Sencillamente, la imagen es poco apta para tal interpretación, puesto que sabemos que no efectuamos acciones con el pelo y que cada uno puede manipular su cabello casi a su antojo, sin intervención de otro agente. De esta manera podemos comprender la importancia de las partes constituyentes de una frase idiomática, puesto que son éstas las que proporcionan las pistas necesarias para desentrañar la interpretación global de la expresión en cuestión.

Como ya hemos indicado antes, esto no quiere decir que neguemos la arbitrariedad en algunos modismos. Ciertamente, los hay que se resisten a la descomposición, al menos desde el punto de vista del hablante que no se dedica a estudiar la etimología.

- (21) a. Un día es un día
 b. Se lo cree a pies juntillas
 c. Como siempre, acabo haciendo el primo

¿Cómo se puede deducir de la tautología de (21a) que se trata de una excusa para un comportamiento extraordinario? O en (21b), ¿qué conexión existe entre creer algo totalmente y tener los "pies juntillas", cuando ni siquiera existe concordancia de género entre estas dos palabras? Y en cuanto a (21c), ¿qué vínculo de conocimiento puede haber entre los primos y la gente que se deja engañar? En cada caso no hay respuesta clara, puesto que la interpretación no es transparente para el hablante actual, y de ahí la falta de composicionalidad.

Ahora bien, si podemos encontrar tanto ejemplos de frases hechas composicionales como ejemplos no composicionales, es de esperar que existan casos intermedios. Esta predicción parece ser correcta. Fijémonos en el ejemplo de (22):

(22) Al final tiraron la toalla

Obviamente, si el interlocutor tiene conocimientos de boxeo, esta expresión resulta transparente, pues es una alusión al gesto del entrenador cuando su púgil ha perdido el combate. Por otro lado, si el interlocutor no tiene conocimiento de este dato, la expresión resultará opaca. Así, con frecuencia, el nivel de transparencia de una frase idiomática depende directamente del conocimiento del dominio en cuestión. Esto explica también que ciertas expresiones que en el momento de su creación eran transparentes, con el paso del tiempo se hayan convertido en opacas, al perder los hablantes el conocimiento enciclopédico que permitía interpretarlas de manera no arbitraria (cfr. § 5.1).

En el fondo, la idiomaticidad se basa en la posibilidad sacar provecho de facetas asociativas de nuestro conocimiento del mundo con el fin de proyectar la situación que éstas representan sobre otra de índole análoga. En muchas ocasiones, estas asociaciones derivan de nuestros modelos cognitivos cuya naturaleza idealizada nos permite sacar el sentido pertinente de la expresión en cuestión.

Analicemos un ejemplo como *estar por las nubes*:

(23) Últimamente, el aceite de oliva está por las nubes

¿Por qué es congruente esta expresión con la idea 'ser muy caro'? La respuesta radica en las asociaciones que podemos establecer entre nubes y la noción de altura (las nubes suelen estar en lo alto), así como la conexión que se puede crear entre esta última y la metáfora conceptual MÁS ES ARRIBA (cfr. § 4.2.1). De ahí hace falta sólo un pequeño paso para llegar al concepto de *caro*, puesto que la expresión se enmarca en el dominio de los PRECIOS. La interacción de elementos metafóricos, metonímicos y de conocimiento del mundo resulta patente.¹¹

La última observación que haremos acerca las frases hechas tiene que ver con su comportamiento sintáctico. Es bien sabido que algunos modismos presentan severas restricciones en su manifestación sintáctica. Por ejemplo, una expresión como *tomar las de Villadiego* no puede adoptar la forma pasiva (24b), ni tampoco admite su empleo en una estructura de tematización (24c):

- (24) a. Ana tomó las de Villadiego
 b. *Las de Villadiego fueron tomadas por Ana
 c. *Las de Villadiego, las tomó Ana

¿A qué se debe este comportamiento? Recuérdese que algunas expresiones idiomáticas son semánticamente más analizables que otras; esto parece comportar repercusiones sintácticas en cuanto a la flexibilidad de las formas que un modismo puede tomar (cfr. Gibbs 1990: 425; Nunberg *et al.* 1994: 506-509). En pocas palabras, cuanto más transparente es la contribución de las partes individuales, tanto más flexible suele ser una frase hecha en cuanto a las configuraciones estructurales que puede adoptar. Así, las expresiones idiomáticas presentan un mayor grado de variabilidad sintáctica si son semánticamente transparentes; si su significado resulta opaco, se comportan más bien como piezas léxicas y, como tales, están más fijadas y restringidas sintácticamente.

En conclusión, las frases idiomáticas no son ineludiblemente no composicionales, sino que, en muchos casos, su composiciona-

11. Esto no significa forzosamente que estos elementos sean condiciones necesarias y suficientes, ni que se les deba otorgar el mismo peso en el proceso (por ejemplo, la expresión *pasarse de rosca* es ciertamente más metafórica que metonímica).

lidad pasa por procesos metafóricos y metonímicos que operan de acuerdo con nuestro conocimiento del mundo. Éste es un hallazgo interesante, cuando menos porque ofrece una alternativa a la visión tradicional. Las frases hechas no son un mero saco de metáforas muertas cuya estructura interna no tiene nada que ver con su interpretación global. Como hemos destacado, existen ciertos modismos que, en un momento dado, pasan a convertirse en simples casos de arbitrariedad para los hablantes. Sin embargo, existen muchos casos en los que se puede hablar de una "composicionalidad motivada", es decir, la interpretación del todo viene motivada por el significado de las partes. Hace falta realizar todavía muchas más investigaciones al respecto, si bien se va abriendo un camino hacia una nueva concepción de las frases hechas por el interés que suponen para la teoría lingüística.

4.4.2. LAS METÁFORAS PUEDEN MATAR

Desde la Antigüedad se sabe que el lenguaje figurado, sobre todo el lenguaje metafórico, es un instrumento retórico muy eficaz. El discurso que incorpora este tipo de lenguaje sirve para expresar un argumento o una descripción en términos más tangibles, ya que, en muchos casos, las conceptualizaciones prestadas del dominio origen son más gráficas que las del dominio destino. La metáfora desarrolla una función importante, ya que es capaz de estructurar y remodelar una concepción determinada, transformándola en otra concepción más familiar (cfr. Ungerer & Schmid 1996: 122-126). Esta destreza cognitiva conlleva una ventaja considerable a la hora de razonar y convencer. Pero también encierra ciertos peligros.

No hay nada más serio que la guerra. Así que, cuando un político o un grupo de políticos decide entrar en un conflicto bélico, necesita recurrir a una estrategia de persuasión para obtener el respaldo de la opinión pública. Es, pues, trascendental adjudicarse el papel del "bueno" y asignarle al enemigo el papel del "malo". Las metáforas, y un buen control de los medios de comunicación, pueden ayudar a conseguir esta finalidad. Bajo esta perspectiva, G. Lakoff (1992) ha analizado el caso de la guerra del Golfo, que tuvo lugar en Oriente Medio entre los Estados Unidos y sus aliados e Irak. Cuando Irak invadió a su vecino, el opulento Kuwait, en el verano de 1990, los poderes de Occidente se vieron sorprendidos por una situación muy incómoda: estaban en juego unos in-

tereses vitales —principalmente el petróleo—, pero Kuwait era un país lejano con el que poco tenían que ver. Después de meses de ultimátums, decidieron actuar contra las fuerzas iraquíes.

Para conseguir el apoyo del público, el presidente de Estados Unidos caracterizó la intervención militar como una "guerra justa", definiendo retóricamente la situación relativa a un modelo cognitivo idealizado: EL CUENTO DE HADAS. Este modelo cognitivo proporcionaba la estructura apropiada para remodelar una situación como la que se dio en el golfo Pérsico, que no era precisamente un cuento de hadas, sino un complejo cóctel de ingredientes que combinaba la confrontación entre pueblos ricos y pobres con el nacionalismo árabe, el fervor religioso, las delicadas relaciones internacionales y el petróleo.

Como explica Lakoff (1992), al aplicar el esquema metafórico del CUENTO DE HADAS a las circunstancias del Golfo, el presidente de Estados Unidos —y, por extensión, sus aliados— pudo convertir una intrincada situación en otra más inteligible y fácil de comunicar: había un villano (Irak), una víctima (Kuwait) y un héroe (Estados Unidos y sus aliados). Esta interpretación de la situación resultaba aceptable para la opinión pública en Norteamérica, porque las cosas no se presentaban como la simple defensa de los intereses de Estados Unidos y sus aliados sin más (es decir, una guerra por el petróleo): se presentaba como el rescate de una víctima indefensa. Se justificó de esta forma la pérdida de vidas humanas. Y es que las metáforas pueden matar.

Lakoff sugiere que las guerras, irracionales por naturaleza, se "racionalizan" adoptando esquemas metafóricos. En la guerra del Golfo se aplicó lo que Lakoff (1992: 464) denomina la **metáfora de von Clausewitz**. Con esta metáfora la guerra se reduce a un frío cálculo de coste-beneficio en términos políticos. Se definen unos objetivos (la conquista de territorio, la expulsión de los invasores, mantener a salvo el suministro de petróleo barato) y se contabilizan los costes (las bajas, la destrucción de material bélico, el rechazo de los ciudadanos). Si los beneficios de lograr los objetivos superan a los riesgos de los costes, se prosigue con la guerra. Y si, a fin de cuentas, el cómputo nos da menos costes y mayores beneficios a nosotros que al enemigo, eso significa que hemos ganado. Es pura y llanamente una aritmética figurada. Así, lo que a primera vista parecería una aberración irracional se remodela en términos de una empresa racional. Desafortunadamente, aunque los costes y los beneficios de la guerra se definen metafóricamente, las consecuencias y repercusiones son absolutamente reales.

Los procesos metafóricos tienen la capacidad de hacer mucho bien, ya que pueden originar concepciones nuevas y soluciones imaginativas para problemas complejos. Pero pueden llegar a ser peligrosos. Como consecuencia lógica de la naturaleza parcial de las proyecciones que se establecen entre dominios (cfr. 4.2.2 *supra*), las metáforas resaltan ciertas facetas de una determinada concepción, ocultando otras (cfr. Lakoff & Johnson 1980: cap. 3). Como mecanismo de modalización, de subjetividad, incorporan el punto de vista del emisor y, en ese sentido, pueden ser potentes mecanismos de manipulación ideológica (cfr. Lakoff & Johnson 1980: 236-237). Cuando razonamos en términos metafóricos es fácil olvidarse de la subjetividad y la parcialidad inherentes al proceso: una guerra por la liberación de un país que nos suministra petróleo barato puede redefinirse como el rescate de una víctima indefensa. Conceptualizando la situación de esta manera, se consigue ocultar o disimular el hecho de que se trataba de una guerra en pro de los intereses de Occidente, una guerra por el petróleo, en la que la víctima distaba mucho de ser un grupo de "pobres desgraciados" (al menos pobres, no) y lo que se restablecía no era un sistema democrático, sino una monarquía autoritaria.¹²

Lamentablemente, el trabajo de Lakoff no contiene textos donde se observe todo este complejo sistema de metáforas. Sin embargo, el lector interesado puede acudir al libro de comentario de textos de Gutiérrez Ordóñez (1997), donde se incluyen dos artículos de periódico que reelaboran, irónicamente, esas correspondencias. Como muestra, transcribimos sólo el primer párrafo del artículo "Bush mata a veinte" firmado por Fermín Bocos (*El Mundo*, 15 de enero de 1993):

Diecinueve iraquíes han perdido la vida a resultas del heroico bombardeo realizado por los nuestros contra las bases de cohetes que el ejército de Irak había situado en territorio de Irak contraviniendo una orden de la ONU de cuando aquella guerra del Golfo que tan bravamente libramos hace dos años para defender la libertad y la democracia que el villano Sadam Husein había arrebatado alevosamente a nuestros amigos del Kuwait feliz de la familia Al Sabah.

El heroico bombardeo de los nuestros, su bravura, la libertad y la democracia de nuestros amigos del feliz Kuwait contrastan cla-

12. El lector interesado en este tipo de análisis puede leer el libro de Lakoff (1996), donde expone, en clave de metáfora, una teoría sobre la diferente concepción del Estado que subyace a la ideología demócrata y a la conservadora en los Estados Unidos.

ramente con los iraquíes que *contravinieron* una orden de la ONU, y además con *alevosía* (¿quizás sumaron a ello la nocturnidad?), llevando a cabo el malvado plan del *villano* Sadam Husein. Sobran las palabras.

4.5. Conceptualización y lenguaje figurado

A lo largo de este capítulo hemos podido comprobar hasta qué punto somos seres figurativos. En buena medida, nuestro sistema conceptual se organiza en consonancia con nuestra poética internalizada y esto se refleja en las concepciones figuradas que vehiculamos cotidianamente a través del lenguaje. En este sentido, cada uno de nosotros tiene cualidades de poeta, incluso aunque no nos percatemos de ello. En realidad, los procesos figurados del lenguaje cotidiano no son una cuestión de "meras palabras"; son, más bien, una cuestión de conceptualizaciones.

En bastantes casos, estas conceptualizaciones son completamente convencionales. Tomemos por ejemplo el caso cotidiano de un termómetro que cuelga de la pared, quizá al lado de un barómetro. Lo más seguro es que el termómetro esté orientado verticalmente. ¿Por qué no está puesto en sentido opuesto, es decir, horizontalmente? Desde la perspectiva de la metáfora conceptual, la respuesta es evidente. Aunque un termómetro funcionaría perfectamente bien orientado de cualquier forma —piénsese en un termómetro médico, por ejemplo—, nos parece natural que esté puesto verticalmente, porque así resulta coherente con las metáforas conceptuales MÁS ES ARRIBA/MENOS ES ABAJO (G. Lakoff, *com. pers.*). El grado de temperatura se correlaciona con el nivel alcanzado por el mercurio. Esto demuestra claramente que la metáfora —e igualmente la metonimia— no es exclusiva del lenguaje, sino que, más bien, se trata de un fenómeno que reside en nuestro sistema conceptual. El lenguaje simplemente refleja estas conceptualizaciones.

En los capítulos que siguen se pondrá de manifiesto que la metáfora y la metonimia tienen mucho que decir en el estudio de la estructura lingüística, tanto en el eje sincrónico (cfr. § 5.2, § 5.3) como en el diacrónico (cfr. § 6.5). Veremos que esta "poesía cotidiana" juega un papel esencial en muchos procesos de categorización y en la organización del léxico en general, así como en la articulación de determinados fenómenos gramaticales. Podremos comprobar ulteriormente el carácter fundamental de estos procesos figurados: la metáfora y la metonimia no son sólo (ni básicamente) recursos retóricos especiales, sino destrezas cognitivas fundamentales.

CAPÍTULO 5

POLISEMIA Y CATEGORÍAS RADIALES

- 5.1. Monosemia, polisemia y homonimia
- 5.2. Cadenas de significados y semejanza de familia
- 5.3. El reino de los sentidos
 - 5.3.1. Intención y futuro
 - 5.3.2. Trayectos e ideas afines
- 5.4. Categorías radiales y motivación

5.1. Monosemia, polisemia y homonimia

A partir del trabajo de Claudia Brugman (1981) sobre la preposición inglesa *over* 'sobre, encima de', podemos decir que, en el marco de la lingüística cognitiva, la descripción de la polisemia se ha convertido casi en una obsesión, lo que ha llevado a abordar la distinción clásica entre monosemia, polisemia y homonimia con nuevos ojos. Este replanteamiento de las relaciones semánticas ha dado como resultado una nueva valoración de la importancia de la polisemia como fenómeno de interés teórico: la polisemia dejaba de ser una manifestación semántica más, relegada a unas cuantas páginas en los libros de texto, y cobraba la condición de vínculo clave entre las experiencias de categorización de Rosch y sus colaboradores y los estudios de semántica de la incipiente lingüística cognitiva de principios de los ochenta (cfr. capítulo 2, § 2.2).

¿Qué es exactamente lo que ha despertado tanto interés entre los seguidores de la lingüística cognitiva? La respuesta es sencilla, aunque requiere una explicación algo dilatada. Con el estudio de Brugman se hizo patente que, en la semántica léxica, los efectos de prototipicidad se daban en dos niveles: por un lado, en el nivel de los significados individuales y, por otro, en el nivel del conjunto de los sentidos expresados por una palabra.

Para entender mejor esta distinción pensemos en una voz sencilla como, por ejemplo, *anillo*:

- (1) a. Helena todavía conserva los *anillos* de su abuela
b. Los *anillos* de Saturno son espectaculares

La relación intuitiva que existe entre estos dos usos de *anillo* resulta clara: ambos se refieren a objetos redondos que rodean (potencialmente al menos) otro objeto y, por lo tanto, comparten la misma imagen esquemática (véase capítulo 4, § 4.2.3). Ahora bien, pese a esta interrelación, resulta igualmente intuitivo que estos dos usos no constituyen un único significado, puesto que la oración de (2a) sólo puede referirse plausiblemente a una sortija y no a un objeto celestial, al contrario que (2b):

- (2) a. Helena se puso los anillos
b. *Saturno se puso los anillos, antes de seguir girando alrededor del Sol

Se trata, por tanto, de dos sentidos diferentes, pero interrelacionados, lo que constituye el requisito "mínimo" para poder hablar de **polisemia**.

Veamos ahora cómo se comportan los dos niveles de prototipicidad léxica de los que hablábamos. En el primer nivel, el de los sentidos individuales, existe una escala de representatividad de objetos que podrían (al menos potencialmente) ser anillos en el sentido de 'sortija' o 'alianza': los que se llevan en los dedos de la mano son los más representativos de la categoría, mientras que los que se usan en los dedos de los pies —objetos algo modernos, por cierto— se valoran claramente como poco representativos. Hasta aquí nos encontramos en el nivel de prototipicidad estudiado por Rosch y sus colaboradores.

Nuestro ejemplo muestra un segundo nivel, que estableció Brugman respecto a *over* y que afecta a los sentidos relacionados por polisemia. Los dos sentidos que examinamos no son igualmente representativos de la palabra *anillo*: el uso de (1a), 'objeto circular que se usa para adornar los dedos', resulta claramente más prototípico que (1b), 'banda de materia celestial que rodea un planeta'. Esta diferencia de prototipicidad está representada en la figura 1, en la que el grosor del trazo indica a grandes rasgos el grado de fijación cognitiva de cada concepto.

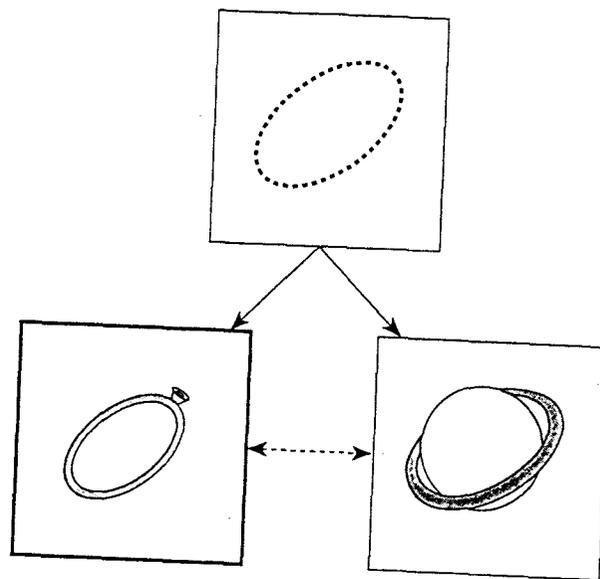


FIG. 1. Estructura polisémica de anillo.

La parte superior de la figura representa la noción esquemática de una entidad circular. Abajo, se encuentran dos tipos de *anillos*: el prototípico ('sortija') y el menos representativo ('banda celestial que rodea un planeta'). Nótese que entre ambos está dibujada una flecha discontinua, que simboliza el hecho de que existe una cierta tensión entre los dos conceptos. Por otro lado, las dos flechas que enlazan el esquema de arriba son continuas, indicando así la no conflictividad entre las dos realizaciones y la noción abstracta. La idea principal es, pues, que la abstracción puede convivir con la prototipicidad: no son ideas mutuamente excluyentes.

Esto nos lleva a pensar que las palabras polisémicas son, en esencia, **categorías complejas** (cfr. Langacker 1988b: 134-135) o, como se denominan a partir de Lakoff (1987a: cap. 6), **categorías radiales**. Dicho de otra manera, los vocablos polisémicos son nombres de categorías con una estructura interna que incluye una constelación de sentidos con diferentes grados de representatividad.

La constatación de este tipo de situación (en mayor o menor grado) palabra tras palabra ha llevado a muchos autores que se

inscriben dentro de la lingüística cognitiva a afirmar que, en la semántica léxica, la polisemia representa la norma y no la excepción (véase, por ejemplo, Langacker 1990b: 194): la gran mayoría de las palabras, sobre todo las de cierto uso, son polisémicas. No es que se niegue la existencia de otras relaciones semánticas como la monosemia y la homonimia: éstas simplemente se contemplan como los puntos finales de dos continuos que se entrelazan con la polisemia.¹

Esta última aseveración merece una explicación. Ciertamente, la **monosemia** existe, pero podemos afirmar que no es muy corriente, al menos no tanto como podríamos pensar. Por ejemplo, una palabra como *hámster* sólo tiene un solo significado: 'pequeño roedor de grandes mofletes'; se trata, por tanto, de un caso de monosemia. Desde luego, esto no quiere decir que *hámster* no pueda significar nada más, ya que una expresión metafórica innovadora como (3) es perfectamente interpretable (podría significar que la madre del hablante guarda muchas cosas o que tiene las mejillas muy pronunciadas).

(3) Mamá es un verdadero hámster

Sin embargo, tal interpretación no correspondería a un significado convencionalizado y, como tal, no se "almacenaría" en el lexicón mental de los hablantes. Se trataría de una extensión semántica *ad hoc*, motivada por la metáfora LAS PERSONAS SON ANIMALES (cfr. Ruiz de Mendoza, en prensa), y no de un caso genuino de polisemia.

En teoría, la frontera entre la polisemia y la monosemia resulta clara, pero en la práctica puede resultar algo borrosa, puesto que a veces resulta difícil delimitar un significado respecto a otro y, como consecuencia, cabe dudar de si estamos ante un caso de vaguedad o de ambigüedad. Un buen ejemplo de esto lo tenemos en el vocablo *bicho* (cfr. Garachana y Hilferty 1994). De las varias acepciones que presenta esta palabra, hay dos que no se distinguen de forma clara:

(4) Hay un bicho en la terraza

1. Volveremos a ocuparnos de la relación dinámica entre polisemia, homonimia y monosemia en el capítulo dedicado a la gramaticalización (cap. 6: § 6.7).

Aquí *bicho* podría designar tanto 'insecto' como 'animal en general', pero la pregunta lógica que viene a la mente es: ¿realmente se trata de dos significados? ¿No podría tratarse de un único significado amplio ('animal en general'), cuyo foco prototípico recae sobre el de 'animal pequeño que produce cierto asco' (es decir, los insectos)? La respuesta a esta pregunta no resulta nada clara. Si bien el no poder responder a esta pregunta de forma satisfactoria no es motivo de regocijo, en una teoría como la que presentamos, en la que las gradaciones y las fronteras difusas juegan un papel importante, eso es exactamente lo que esperáramos encontrar (cfr. Geeraerts 1993; Tuggy 1993).

La **homonimia**, en cambio, se opone a la polisemia a través del parámetro de la interrelación entre significados, que no se da en el primer caso y sí, en cambio, en el segundo. Como hemos ilustrado con los usos de *anillo*, si un lexema determinado tiene dos (o más) significados que guardan algún tipo de relación intrínseca, dicho lexema es polisémico. La homonimia difiere de la polisemia, ya que, en teoría, implica la existencia de dos lexemas que comparten la misma forma fonológica, pero cuyos significados no poseen ningún tipo de interrelación. *Banco* —por poner un ejemplo clásico— constituye en la actualidad un caso de homonimia, puesto que sus dos significados 'entidad financiera' y 'asiento para sentarse varias personas' no tienen nada que ver uno con otro para el hablante. En la homonimia sólo se comparte la forma fonológica; en la polisemia se comparten, además, atributos de significación.

Por supuesto, la idea de relación entre significados es difícil de precisar y, sobre todo, es una cuestión de grado. Puede haber vínculos muy sólidos entre significados y los puede haber muy débiles. Por ejemplo, el vínculo entre los dos significados de *beber* 'ingerir una sustancia líquida' e 'ingerir una sustancia líquida alcohólica' resulta absolutamente diáfano, ya que, como ejemplo de especialización semántica, a la segunda de estas dos interpretaciones sólo se le añade un atributo más (el de 'alcohólico').

(5) Boris bebe mucho

El ejemplo de (5) muestra esta dualidad significativa. A falta de un buen contexto lingüístico y extralingüístico concreto, podemos suponer que Boris simplemente ingiere muchos líquidos de cualquier tipo. Pero nuestro conocimiento enciclopédico y una buena dosis de prejuicios nos puede hacer llegar a la conclusión de que.

puesto que Boris tiene muchas posibilidades de ser ruso, estamos hablando de la ingestión de alcohol. Sea cual sea la interpretación a la que se llega, resulta claro que se trata dos significados diferentes, pero que la relación que hay entre ellos es fuerte.

El vínculo existente entre dos significados de una palabra polisémica puede resultar menos evidente. Éste parece ser el caso del inglés *iron*. La relación entre *iron*₁ 'hierro' y *iron*₂ 'plancha [electrodoméstico]' (relación que se verifica también en la palabra *ferro* en italiano y en portugués) se está oscureciendo con el paso del tiempo por el simple hecho de que las planchas ya no se fabrican con hierro. Resulta probable que, a la larga, se pierda el nexo que hay entre estos dos sentidos de *iron* y eso desemboque en una relación exclusivamente fonológica, desde el punto de vista sincrónico. En un futuro no muy distante, será, probablemente, un ejemplo más de homonimia.

Un caso parecido es el de *colonia*, que tiene dos acepciones claramente diferenciadas: la de 'agua perfumada', derivada de la ciudad alemana donde se inventó (Colonia), y la de 'lugar que ha sido colonizado'. Sus respectivos sentidos actuales nada tienen que ver y, de hecho, la mayoría de hablantes lo considerarían un caso de homonimia. Sólo sabiendo que el nombre de la ciudad del Rhin proviene del latín *Colonia Agrippina* se podría establecer un vínculo. De hecho, se puede afirmar que la gran mayoría de las homonimias se pueden atribuir a polisemias que han perdido su motivación originaria. Una explicación similar puede darse a *bolsa*: el nombre del mercado de valores que denominamos *Bolsa* deriva del apellido de la familia de banqueros belga *van der Burse*, cuyo escudo contenía tres bolsas. En este caso, el español ha seleccionado la palabra *bolsa* para el nuevo concepto, con lo que ha creado una hominimia para el hablante medio, mientras que otras lenguas, como el catalán (*borsa*) o el francés (*bourse*) han adaptado fonéticamente la forma correspondiente al apellido de su creador; en el caso de catalán, se ha evitado así la hominimia-polisemia, entre *borsa* 'mercado de valores' y *bossa* 'saco de piel, tela, plástico, etc.', en el que se introducen objetos'.

A pesar de que, como hemos dicho, la polisemia parece ser la norma (sobre todo en palabras de cierta frecuencia de uso), en no pocos modelos de semántica teórica se potencia la homonimia en detrimento de la polisemia (por ejemplo, Kempson 1977). Esta "maniobra" parte de un prejuicio implícito, que deriva de la necesidad por parte de estos modelos de mantener a toda costa la

correspondencia biunívoca entre el significado y el significante, conservando así la unidad del signo lingüístico. Sin embargo, es necesario preguntarse primero si el signo lingüístico, en cuanto unidad simbólica, se compone necesariamente de una correspondencia biunívoca entre un polo semántico simple y un polo fonológico simple. De ser así, se establecería una correspondencia "perfecta".

Desafortunadamente, no es difícil darse cuenta de que incluso el polo fonológico puede formar una categoría compleja. En todas las lenguas existen palabras de un mismo dialecto que tienen varias pronunciaciões: en catalán oriental, por ejemplo, *però* 'pero, sin embargo' puede pronunciarse tanto /pəɾə/ como /prə/; asimismo, en inglés americano, *catch* 'coger' puede pronunciarse de dos maneras: /kæç/ y /kɛç/, mientras que *interesting* 'interesante' tiene al menos tres articulaciones: /'intərəstɪŋ/, /'intrɛstɪŋ/ e /'inərəstɪŋ/. El fenómeno se produce también en castellano, por supuesto, en toda una serie de palabras que acaban en *-ado*: *hablado-hablao*, *estado-estao*, *bailado-bailao*, etc. Si bien no es del todo frecuente encontrar casos como éstos, su mera existencia hacen objetable la intención de conservar el isomorfismo "un solo polo semántico-un solo polo fonológico".

Con todo, la postura opuesta no está exenta de problemas. Las descripciones cognitivistas de la polisemia suelen pecar de exceso de sentidos. Ésta es una polémica que actualmente está muy viva y no hay indicios de que se vaya a resolver pronto.² Aunque los estudios psicolingüísticos sobre el tema (cfr. Gibbs *et al.* 1994; Sandra & Rice 1995; Williams 1992) distan de ser concluyentes, por lo general, apoyan la idea de que la polisemia es un efecto cognitivo real, una consecuencia lógica de nuestro modo de categorizar, y no un simple constructo teórico. En nuestra opinión, reducir la polisemia a la homonimia para así conseguir la monosemia en serie constituye una simplificación o incluso una deformación de la realidad. Tal idea presenta el agravante añadido de no ser compatible con una larga tradición de estudios diacrónicos que avalan justo la idea contraria (cfr. Geeraerts 1988c, 1992; Nerlich & Clarke 1997). Insistimos: la norma parece ser la polisemia y no la monosemia.

2. Véanse, entre otros, Geeraerts 1994; Kay 1992; Sandra & Rice 1995; Sinha & Kuteva 1995; Sweetser 1986; Taylor 1992; Vandeloise 1990.

5.2. Cadenas de significados y semejanza de familia

Es indudable la riqueza conceptual inherente al significado, lo que se constata en diferentes niveles de análisis. Por ejemplo, Langacker (1979: 94-95) observa que "huérfano narra toda una historia con una sola palabra, una historia basada en el ensamblaje funcional de relaciones de parentesco y el ciclo de la vida". Evidentemente, incluso una palabra sencilla como *huérfano* es capaz de activar múltiples dominios cognitivos (las relaciones entre padres e hijos, así como el paso de la vida a la muerte) y de conectar estos conjuntos de información de tal forma que esta palabra designe 'un niño cuyos padres han muerto'. La densidad de conocimiento que requiere su comprensión no es poca. Por un lado, hay que ser consciente del orden de acontecimientos, puesto que los padres han de estar vivos antes de que nazca el niño y, viceversa, el niño, para ser huérfano, tiene que estar vivo después de la muerte de los padres. Por otro lado, es evidente que la palabra *huérfano* despierta un sentimiento de compasión, que no se suscitara si no fuera por nuestra comprensión profunda de qué significa la vida, la muerte y la familia. Estos aspectos del significado, tradicionalmente identificados con la connotación, no pueden disociarse de los aspectos puramente denotativos.

Como hemos comentado en el capítulo 3, el significado lingüístico es de naturaleza enciclopédica. Dada la concepción de la semántica que ello implica, es normal que la lingüística cognitiva haya adoptado la noción de **red conceptual** como modo de representar y unir los muchos hilos de conocimiento que conforman las unidades lingüísticas (cfr. Langacker 1987: cap. 10 y 1988, entre otros muchos investigadores). Una red de estas características puede emular gráficamente tanto relaciones jerárquicas de niveles de esquematicidad como extensiones entre el centro y la periferia, así como grados de fijación cognitiva. Es, por tanto, una metáfora útil (cfr. Rudzka-Ostyn 1994: 409). Sin embargo, es una metáfora y es importante ser consciente de su falta de literalidad. Los diagramas que representan las redes de conocimiento no deben interpretarse, pues, como mapas donde se ubican los conceptos.

La base de las categorías radiales radica en la noción wittgensteiniana de semejanza de familia (cfr. capítulo 2, § 2.2). De acuerdo con lo que ya hemos comentado, resulta habitual encontrar conceptos que se resisten a ser definidos por medio de condi-

ciones necesarias y suficientes; en cambio, se adaptan perfectamente a un análisis a partir de categorías radiales. La idea es que, aunque las categorías complejas no se ajustan a las categorías clásicas, dichos conceptos son internamente coherentes, mucho más de lo que se esperaría en primera instancia. Si la representación de una categoría compleja se desglosa de tal forma que se aíslan sus miembros individuales, se tiende a ver un solapamiento parcial de atributos.

Analicemos el caso de los fonemas. Según Nathan (1986), la mayoría de los fonemas son categorías complejas formadas por representaciones alofónicas (cfr. también Taylor 1989: cap. 12). Esta observación resulta obvia con el fonema castellano /n/, que agrupa los alófonos: [n, ɲ, ñ, ŋ, ɳ, m].

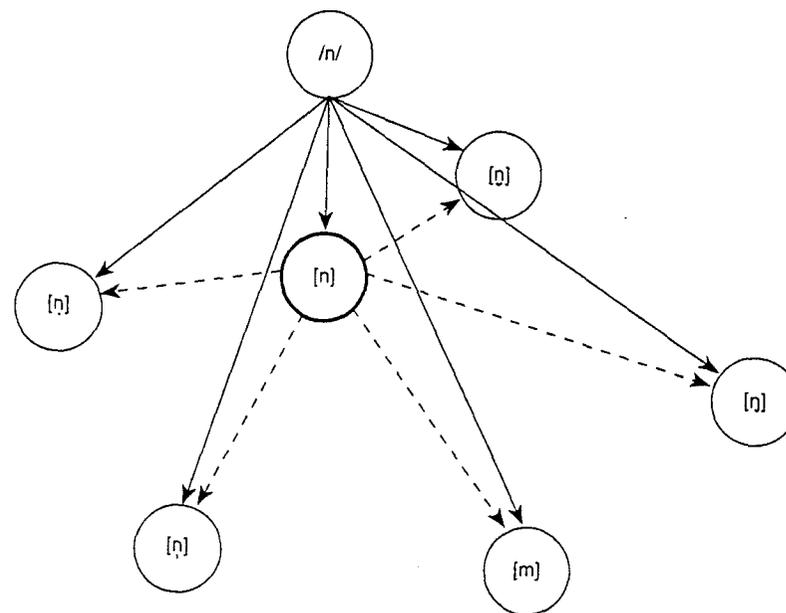


FIG. 2. El fonema /n/ como categoría compleja.

Evidentemente, este fonema no se ajusta a la definición clásica, al menos por la conocida coincidencia de los alófonos [m] y [ɲ] de /n/ con los fonemas /m/ y /ɲ/, respectivamente. Independientemente de esta neutralización alofónica, /n/ es una categoría cohe-

rente, en el sentido de que todos los miembros guardan una semejanza de familia: sólo se distinguen por su punto de articulación. Se trata de una puntualización importante (por lo menos en este caso), ya que éste es el atributo que determina el grado de prototipicidad de los alófonos pertenecientes a la categoría en cuestión: cuanto más se acerca físicamente el punto de articulación al alveolo, más se aproxima su cualidad sonora a la representación "ideal". Así, lógicamente, [n] resulta ser el más periférico.³ Esta configuración de radialidad queda plasmada en la figura 2.

Las redes polisémicas presentan también una configuración prototípica cuya estructura interna se organiza en torno a un miembro central. Sin embargo, en vez de estructurarse exclusivamente en términos de parecido literal (es decir, entre dos o más estructuras pertenecientes a un solo dominio), como es el caso, por ejemplo, de la fonología, la polisemia parece servirse también de la metonimia y la metáfora (cfr. cap. 4). El resultado de estos vínculos son estructuras semánticas que forman cadenas de significados en las que no es necesario que todos los nodos de la red estén directamente conectados unos con otros.

La figura 3 representa una categoría radial hipotética con varias cadenas que se extienden desde el centro prototípico.

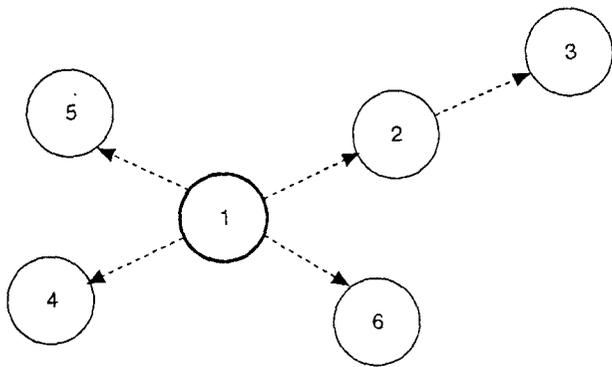


FIG. 3. Configuración hipotética de una categoría radial.

3. Es de suponer que también influiría en los juicios de prototipicidad el hecho de que [m] sea la realización más representativa de otro fonema /m/.

Como hemos dicho, cualquier nodo puede estar relacionado con cualquier otro a través del parecido literal, la metáfora o la metonimia, aunque en la práctica es posible que sea la metonimia el mecanismo que juegue un papel preponderante.⁴ Ahora bien, uno de los rasgos más destacables de esta arquitectura es que no todos los nodos han de estar interconectados directamente con el central; se trata de una ilustración clara de las relaciones de semejanza de familia, como hemos explicado en el capítulo 2. En la figura 3 esta consideración queda reflejada por la disposición de los nodos individuales: el nodo 1 está directamente vinculado con los nodos 2, 4, 5 y 6, pero no con el nodo 3, cuyo vínculo pasa por el nodo 2. En principio, pues, no hay ningún motivo por el que los nodos 1 y 3 tengan que parecerse: la única restricción es que ambos guarden algo en común con el 2, incluso si no se trata de los mismos atributos.

Cualquiera que tenga conocimientos de semántica histórica reconocerá inmediatamente este tipo de estructuración. Volviendo al ejemplo de *banco*, parece ser que los dos sentidos disjuntos a los que hacíamos referencia antes ('asiento' y 'entidad financiera') tienen un origen polisémico. Los primeros prestamistas establecían su "negocio" en un banco de la calle "comercial" de las ciudades, y de ahí que la gente fuera "al banco" (lugar donde estaban sentados los prestamistas) a realizar esas transacciones comerciales.

Consideremos de nuevo este ejemplo, que se suele citar como uno de los más claros de hominimia, en los términos que dicta la polisemia (diacrónica) (cfr. figura 4). Al sentido primitivo del sustantivo *banco* (a), 'asiento para varias personas', se suma un significado más específico vinculado a una función determinada (b), 'asiento para varias personas donde se realizan préstamos de dinero', que acaba especializándose como 'entidad financiera' (c). Así, tendríamos una cadena basada en una relación de semejanza de familia, puesto que el sentido originario (a) y el último (c) no comparten rasgos comunes, sino que se relacionan a través de (b). A causa del devenir histórico, el sentido (b) comienza a caer en desuso en favor del sentido (c), de forma que la cadena polisémica inicial acaba rompiéndose. La pérdida de un vínculo de conoci-

4. El nivel de protagonismo que cobran los procesos metonímicos depende en gran parte de hasta qué punto el analista esté dispuesto a "extender" el concepto de metonimia. Si el concepto se emplea de manera restrictiva, es probable que gane terreno el parecido literal. Dicho esto, no cabe duda de que es la metáfora la que sigue siendo la figura que acapara la mayor atención por parte de la lingüística cognitiva.

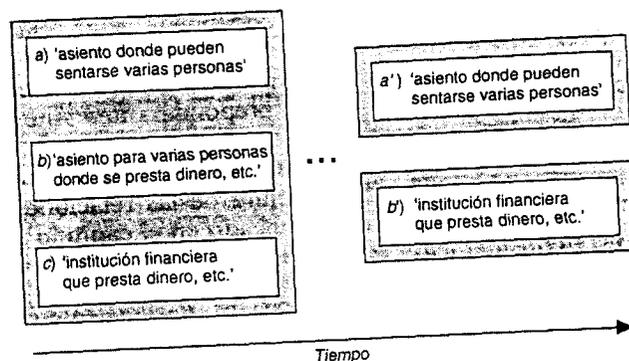


FIG. 4. Paso de la polisemia a la homonimia del término banco.

miento en la cadena de significados de *banco* ha originado, pues, una relación homonímica entre los sentidos (a) y (c). El vínculo entre el sentido (a) y el sentido (c), realizado indirectamente a través del sentido (b), desaparece y, como consecuencia, para el hablante general (a) y (c) dejan de tener rasgos en común.

En lo que sigue, continuaremos adentrándonos en el tema de las categorías radiales y las cadenas de significados. Por ahora, lo importante es tener en cuenta la flexibilidad que estas redes proporcionan a la organización lingüística. Al basarse en la noción de semejanza de familia, tales estructuras suponen una alternativa clara a la concepción de las categorías basada en las condiciones necesarias y suficientes. Se trata, simplemente, de establecer eslabones coherentes entre los múltiples nodos que constituyen la red en cuestión.

5.3. El reino de los sentidos

Lejos de ser paisajes confusos e infranqueables, las categorías polisémicas constituyen estructuras conceptuales relativamente ordenadas, organizadas en torno a los principios de la metáfora, la metonimia y el parecido literal. En este apartado nos proponemos ilustrar con más detalle la noción teórica de categoría radial mediante dos descripciones semánticas: por un lado, estudiare-

mos diferentes usos de la construcción gramatical *ir a + COMPLEMENTO*; por otro lado, trazaremos las interconexiones de un grupo de sentidos de la preposición castellana *por*. En ambos casos veremos que existe un uso privilegiado que constituye no sólo el núcleo prototípico de la categoría sino también el punto de partida para otros usos.

5.3.1. INTENCIÓN Y FUTURO⁵

Sin duda, una de las actividades más básicas de nuestra existencia es la de movernos de un sitio para otro. Siempre que queramos estar en otro emplazamiento tenemos que dirigir nuestros cuerpos de un lugar X a otro lugar Y. Como explica Mark Johnson en su monografía sobre las imágenes esquemáticas:

Nuestras vidas están repletas de trayectos que conectan nuestro mundo espacial. Hay un trayecto de la cama al lavabo, de la cocina a la mesa, de la casa a la tienda, de San Francisco a Los Ángeles y de la Tierra a la Luna (Johnson 1987: 113).

Desde pequeños, a partir del momento en que nos levantamos por la mañana, emprendemos muchas rutas durante el resto del día. Estos episodios recurrentes se consolidan en forma de una imagen esquemática que Johnson (1987: 113-117) y Lakoff (1987: 275) denominan el **esquema de trayectorias**, concepto relacionado con el de metáfora de imagen (cap. 4, § 4.2.2).

Este esquema, que tiene su origen en la experiencia espacial del desplazamiento de un punto a otro, se basa en una estructura esquemática que, en principio, es capaz de dar cuenta de todo tipo de trayectoria. Los elementos que conforman esta imagen esquemática son:

- a. un punto de partida (un **origen**);
- b. un punto de llegada (un **destino**);
- c. una serie de puntos contiguos que vinculan el origen con el destino (un **trayecto**);
- d. el movimiento por parte de un **viajero** que recorre el trayecto desde el origen hasta el destino.

5. Este apartado se basa en varios estudios diacrónicos, principalmente Garachana (1995, 1997) y Garachana y Hilferty (1997a, 1997b). No obstante, el análisis que aquí se presenta debe interpretarse como sincrónico. Volveremos ocasionalmente sobre este caso, pero desde una perspectiva diacrónica, en el capítulo 6 (§ 6.3 y § 6.5.2).

Lógicamente, para ir desde el punto de partida (a) hasta el punto de llegada (b), el viajero tiene que recorrer el trayecto (c). Más aún, existe una clara correlación entre el espacio y el tiempo: progresar en el espacio implica necesariamente progresar en el tiempo. Por consiguiente, cuanto más camino se recorre, más tiempo pasa.

Dada esta correlación, la propia organización interna del esquema de trayectorias da lugar a varias inferencias convencionalizadas. El hecho de que el destino se encuentra por delante en el dominio del ESPACIO conlleva una consecuencia en el dominio del TIEMPO: el destino de la trayectoria se alcanza en el futuro. Ahora bien, el destino no se asocia únicamente con la idea de futuridad, sino que también a la noción de *finalidad* o *intencionalidad*.⁶ Lakoff explica la correlación entre los destinos y las finalidades de la siguiente manera:

Pensemos en la finalidad habitual de llegar a un sitio concreto. Desde que aprendemos a gatear, solemos tener como intención llegar a algún lugar determinado, bien sea por su propia consecución o bien —incluso más comúnmente— como una subfinalidad que debe realizarse antes de que se pueda lograr el propósito principal. En estos casos, tenemos una finalidad —la de estar en aquel emplazamiento—, que se satisface desplazando nuestros cuerpos de un punto de partida A, a través de una secuencia intermedia de lugares, hasta el punto final B, y eso satisface la finalidad (Lakoff 1987: 277).

De acuerdo con esta cita (cfr. también Johnson 1987: 115) llegar a un destino implica también lograr la realización de una intención o al menos una parte de ella. Parece evidente, pues, que la idea de destino y la de intencionalidad (o finalidad) están íntimamente conectadas, ya que ambas nociones disfrutan de una cierta contigüidad en el dominio de las TRAYECTORIAS. La figura 5 resume de forma esquemática algunos de los atributos principales del esquema de las trayectorias.

Los diferentes sentidos de *ir a* + COMPLEMENTO son, en cierto modo, una propiedad emergente del esquema de trayectorias. Prototípicamente, esta construcción gramatical toma la forma concreta de *ir a* + SN [LUGAR] y se interpreta como una meta, como, por ejemplo, en (6a). Por otro lado y menos prototípicamente, existe el uso que expresa 'futuridad' (6b), que aparece bajo la forma de *ir* + SV [infinitivo].

6. En este libro usaremos los términos *intencionalidad* y *finalidad* como sinónimos.

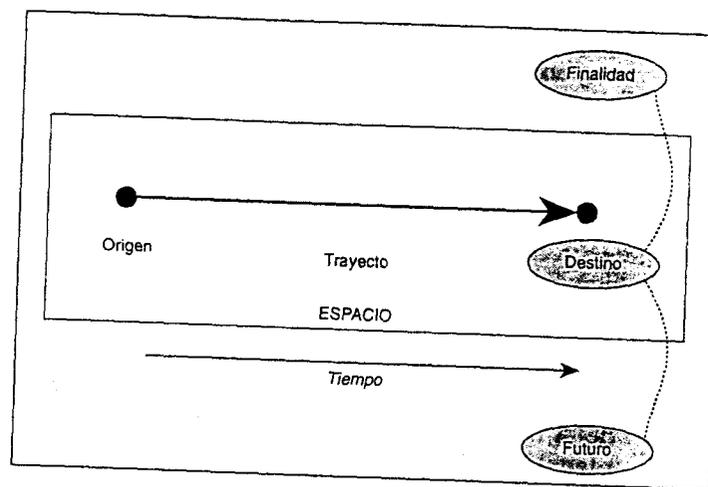


FIG. 5. Esquema de las trayectorias.

- (6) a. Voy a casa
b. Va a llover

Comparar con el tebe
(Klein)

Si bien éstos son los usos más fijados de la secuencia *ir a* + COMPLEMENTO, existen otros dos usos, algo menos preeminentes, que se encuentran a medio camino entre el meta y la futuridad:

- (7) a. Voy a ducharme
b. No voy a discutir contigo

En el ejemplo de (7a), una de las posibles lecturas es la de expresar algo como 'una acción que se realizará al final de la trayectoria', como una finalidad; el ejemplo de (7b), en cambio, expresa intencionalidad. Según estos datos, *ir a* + COMPLEMENTO muestra cuatro significados, que forman un pequeño abanico de distintos sentidos.

Para establecer los eslabones que vinculan los significados antes descritos, conviene advertir de antemano el carácter catalizador de los procesos metonímicos en la configuración de esta red conceptual. Estos procesos metonímicos proporcionan coherencia a la red y explican así gran parte de su motivación. Detengámonos un momento en la interrelación que existe entre las oraciones de (8):

- (8) a. Voy a la tienda
b. Voy a comprar naranjas

Como destaca Lakoff en el pasaje antes citado, cuando nos dirigimos a algún lugar, normalmente lo hacemos con la intención de realizar alguna otra actividad en ese emplazamiento. Así, un contexto apropiado para la enunciación de (8a) es uno en que el hablante necesite comprar algo que se puede adquirir en una tienda. En tal contexto, la correlación destino-intención nace de forma natural: la mención de un destino (por ejemplo, una tienda) despierta la idea de una finalidad concreta (comprar).

El sentido de esta correlación no es unidireccional. Como todos sabemos, es corriente encontrar la situación inversa, en la que la mención de la finalidad activa el destino. Así, en el ejemplo de (8b), de la intención de comprar algo se deduce que se va a una tienda. En pocas palabras, el esquema inferencial responde a la metonimia LA FINALIDAD POR EL DESTINO, que se emplea también en oraciones como las de (9):

- (9) a. Voy a cortarme el pelo
b. Voy a enviar un paquete
c. Voy a comer

En cada uno de estos casos es posible deducir un sitio usual para realizar estas actividades: para cortarse el pelo se va a la peluquería; para enviar un paquete, se va a una oficina de correos; para comer, se va a casa, a un restaurante o, como mínimo, a un lugar tranquilo. La inferencia metonímica, en este caso, produce una extensión natural del sentido prototípico meta, precisamente por el alto grado de conexión que hay entre los destinos y las intenciones.

Pasemos ahora a estructuras como (7b), *No voy a discutir contigo*. Sin entrar en excesivos detalles, parece que lo que se verifica es una pérdida de atributos con respecto al uso meta-final (10):

- (10) A: ¿Dónde vas, Javi?
B: Voy a ver una película <meta, intencionalidad, futuridad>
(11) Mar, voy a decirte una cosa <intencionalidad, futuridad>

Resulta evidente que, en ejemplos como (7b) y (11), se pierde por completo la noción de movimiento, destacándose sobre todo la noción de intencionalidad (así como la correlación con la futuridad, puesto que las intenciones se realizan en el futuro). Se puede decir, pues, que existe una relación de extensión metonímica en la que una PARTE reemplaza TODO el significado anterior: el verbo *ir* ya no denota desplazamiento, sino que sólo mantiene el sentido intencional inherente en toda la construcción.

Para acabar, la última extensión que sufre la construcción también puede caracterizarse como una metonimia del tipo EL TODO POR LA PARTE, por la que se pierde el atributo de intencionalidad y se conserva el de futuridad:

- (12) Va a hacer buen tiempo la semana que viene <futuridad>

A diferencia de los otros nodos de la red, éste tiene una doble motivación, ya que recibe también una lectura metafórica, derivada de la metáfora conceptual EL TIEMPO ES ESPACIO o, más concretamente, EL FUTURO ES DELANTE. Este vínculo se pone de manifiesto comparando un uso de meta con otro de futuridad:

- (13) a. Voy a mi pueblo
b. Voy a llorar

En ejemplos como éstos resulta notorio el paralelismo conceptual entre el tiempo y el espacio: en (13a) existe una orientación hacia delante (es decir, hacia el destino) y en (13b) nos orientamos hacia el futuro (esto es, hacia el momento de realizar una acción). Dada la correlación entre los destinos y la futuridad (véase el esquema de las trayectorias), no resulta extraño que podamos establecer correspondencias entre el dominio del ESPACIO y el del TIEMPO.

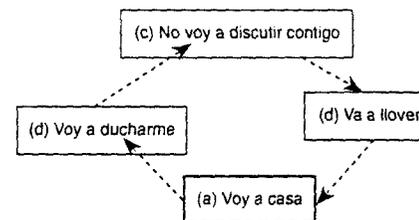


FIG. 6. Red conceptual de *ir a* + COMPLEMENTO.

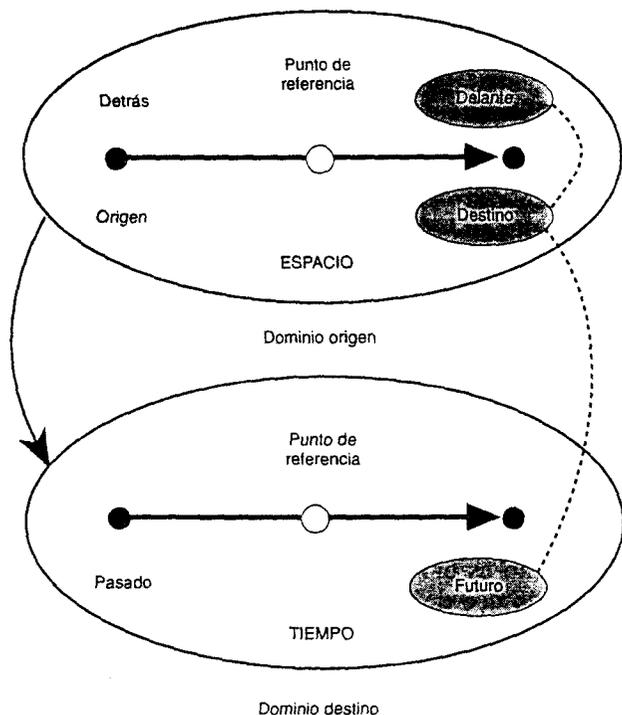


FIG. 7. Interpretación metafórica de *ir a + INFINITIVO*.

En la figura 7 podemos observar la correspondencia estructural entre los destinos y el futuro: dentro del dominio origen se alinean el detrás (la anterioridad) con el origen y el delante (la posterioridad) con el destino. A su vez, el concepto de destino se proyecta desde el dominio origen al valor de futuro en el dominio destino.

Es importante notar que la creación de esta lectura metafórica es el desenlace de una cadena de metonimias. La metáfora se produce al comparar el primer sentido de la cadena de metonimias con el último y surge porque, aunque el ESPACIO y el TIEMPO son dominios colindantes, también son suficientemente discriminables en nuestra experiencia como para poder mantenerlos separados.

Comparar con el tema y paisaje

5.3.2. TRAYECTOS E IDEAS AFINES

El estudio de las preposiciones ha representado uno de los temas fundamentales la lingüística cognitiva, ya que por vez primera han confluído un conjunto de ideas que permite la descripción semántica de unos datos que antes habían resultado de difícil justificación.⁷ En este apartado vamos a esbozar un fragmento de la red que se crea alrededor de la preposición *por*. No pretendemos presentar un análisis exhaustivo de esta preposición, ya que para ello habría que dedicarle casi toda una monografía (véanse, por ejemplo, Delbecque 1996; Hilferty 1991 y Lunn 1987). En vez de acometer semejante estudio, nos centraremos únicamente en ciertos usos que se identifican con la nociones de trayectos, medios y modos.

Un **trayecto** puede definirse como una ruta que ocupa un segmento intermedio del esquema de trayectorias que se halla entre el origen y el destino. Para nuestros propósitos, el tipo de trayecto que nos interesa es aquel en el que un ente en movimiento atraviesa un espacio delimitado, como, por ejemplo, una ventana o un túnel:

- (14) a. El ladrón debió entrar por la ventana
b. El tren pasó rápidamente por el túnel

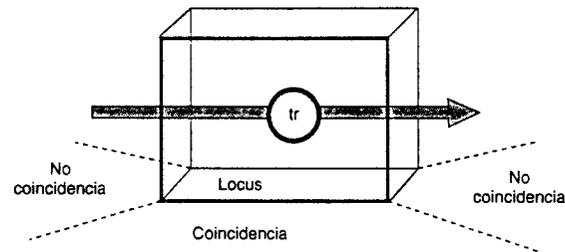
Siguiendo la terminología cognitivista, llamaremos **trayector** al ente localizado (*el ladrón, el tren*) y **locus** al ente que sirve de punto de referencia (*la ventana, el túnel*).⁸ Así, el significado de *por* que nos interesa es el que pone en escena una imagen esquemática en la que el recorrido del trayector lo lleva de una relación de no coincidencia con el locus, a través de otra de coincidencia, a otra de no coincidencia. La figura 9 representa gráficamente la imagen esquemática que se expresa con *por*.



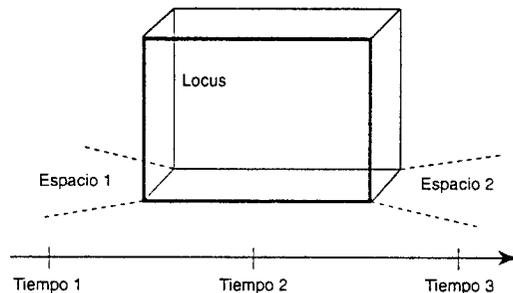
FIG. 8. Imagen esquemática de trayecto.

7. Cfr. Brugman (1981), Cuyckens (1991), Hawkins (1984), Herskovits (1986), Vandeloise (1986), entre otros muchos.

8. Éstos corresponden a los términos ingleses *trayector* y *landmark*, respectivamente, de muy difícil traducción al español, en especial el segundo.

FIG. 9. Imagen esquemática del uso prototípico de *por*.

Nótese que un locus prototípico de este uso corresponde a un espacio delimitado que separa otros dos espacios adyacentes: uno que se ubica en el umbral de la entrada del locus y otro que se sitúa en el umbral de su salida. Otra manera de contemplar esta configuración es concebir el locus como un *medio* de ir de un emplazamiento a otro. Obsérvese también que, en su recorrido, el trayector proviene del espacio 1, encuentra el locus y luego alcanza el espacio 2 (véase fig. 10). Esta secuencia de espacios corresponde a tres momentos puntuales: tiempo 1, tiempo 2 y tiempo 3. Del esquema de las trayectorias se desprende, pues, que avanzar en el espacio conlleva avanzar en el tiempo.

FIG. 10. Conceptualización del locus de *por*.

Según una de las observaciones que acabamos de hacer, el locus introducido por *por* representa un trayector que conecta un espacio con otro. Dicho de otro modo, para pasar del primer espacio al segundo, el trayector tiene que atravesar el espacio interme-

dio (el locus). Existen ejemplos análogos a esta situación, que, por lo tanto, serían considerados extensiones metafóricas de la misma:

(15) Te lo envío por SEUR

En un caso como éste, el emisor no le puede dar el paquete al receptor directamente, sino que tiene que usar a un tercero para asegurar la pronta llegada del envío. Puesto que SEUR se entiende como el intermediario, la empresa (sus trabajadores, camiones, etcétera) constituye el medio a través del que se manda el paquete. En casos como éstos, podemos calificar al emisor como origen y considerar al receptor como destino, en el sentido de que constituyen el punto de partida y de llegada del trayecto que recorre del paquete, respectivamente. Parece natural que, en tales casos, los intermediarios se marquen con *por*, ya que la situación es análoga a la configuración espacial prototípica señalada en la figura 9:

Dominio origen: TRAYECTOS *Dominio destino:* INTERMEDIARIOS

Correspondencias ontológicas:

El trayecto corresponde al intermediario.

El trayector corresponde al ente transferido.

Correspondencias epistémicas:

Origen: Los trayectos conectan un origen espacial con el destino.

Destino: Los intermediarios conectan a emisor y receptor.

Antes de seguir, cabe hacer las siguientes observaciones. Por un lado, *por* no suele introducir intermediarios humanos:

(16) ??Pablo me mandó el paquete por Juana

Por otro lado, es importante constatar que, en casos como los citados, el trayector no tiene por qué ser un objeto palpable; lo transferido puede ser un sonido, como una voz en el caso del ejemplo de (17a) o una imagen, como en (17b):

- (17) a. Laura, te llaman por teléfono
b. Han mostrado la terrible escena por televisión

Tales ejemplos no son estrictamente metafóricos; sin embargo, son completamente coherentes con la imagen esquemática

descrita en la figura 9. En ambos casos, el locus sirve como "puente" entre un lugar y otro (por ejemplo, en la oración de (17b), el plató de televisión y la sala de estar de una vivienda). Se trata, simplemente, de un medio a través del cual puede pasar el trayector.

El próximo uso que examinaremos es aquel en el que el sintagma que encabeza *por* designa la *manera* mediante la que se lleva a cabo una determinada acción (18):

- (18) a. Le obligó a confesar su crimen por la fuerza
 b. Lo conseguiré, cueste lo cueste: por las buenas o por las malas

En el ejemplo de (18a), la confesión se obtiene gracias al uso de la coacción, que es el modo a partir del cual el interrogador obliga al interrogado a confesar. El ejemplo de (18b) es similar: el hablante afirma que logrará su objetivo a toda costa, del modo que sea. La metáfora conceptual que explica estos ejemplos se puede denominar LOS MODOS DE ACCIÓN SON TRAYECTOS. La idea fundamental en la que se sustenta esta metáfora es la analogía que puede encontrarse entre los modos de acción y los trayectos. Tanto éstos como aquéllos son medios que permiten alcanzar una finalidad. En el caso de los modos de acción, la finalidad es la consecución de un resultado determinado; en el caso de los trayectos se trata de llegar a un destino. Visto así, no es sorprendente que razonemos acerca de los modos de acción en términos de trayectos espaciales: los modos de acción son para las finalidades lo que los trayectos son para los destinos (cfr. Lakoff 1990: 57).

La analogía entre los trayectos y los modos de acción nos plantea la situación siguiente: según el análisis de los usos que hemos examinado, el objeto de *por* se concibe como un área que separa dos espacios. De ser así, es evidente que, según la figura 10, el locus de *por* corresponde al modo de acción y el espacio 2, a la finalidad, pero ¿a qué corresponde el espacio 1? En nuestra opinión, este espacio corresponde a la no consecución de la finalidad en cuestión:

Dominio origen: TRAYECTOS *Dominio destino:* MODOS DE ACCIÓN

Correspondencias ontológicas:

El espacio 2 corresponde a una finalidad.

El espacio 1 corresponde a la no consecución de dicha finalidad.

El trayecto corresponde al modo de acción.
 Atravesar el trayecto corresponde a realizar la acción.

Correspondencias epistémicas:

Origen: Un trayecto es una manera de llegar al espacio 2.

Destino: Un modo de acción es una manera de lograr una finalidad.

Para clarificar estas correspondencias, reflexionemos un momento sobre un ejemplo como el que sigue:

- (19) Al final lo tuvo que resolver por la vía judicial

En términos de la metáfora espacial que estamos exponiendo, lo que corresponde al locus (*la vía judicial*) se halla entre la no resolución del conflicto y su resolución. Es decir, el sintagma que sigue a *por* denota la manera mediante la cual se ha llegado a solucionar la disputa. Los modos de acción son "vías" que conducen a la realización de las finalidades.

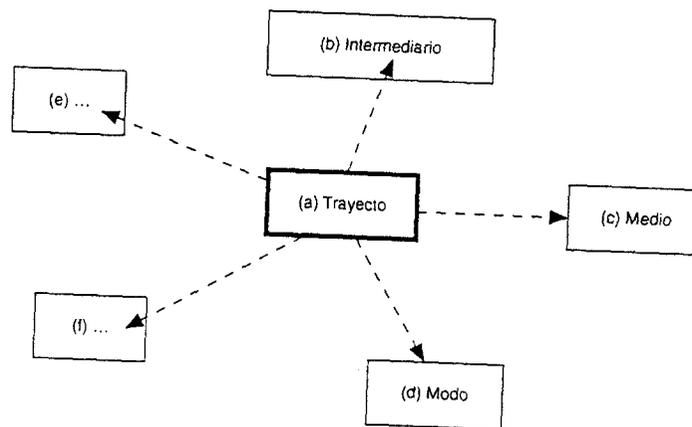


FIG. 11. Red (parcial) de *por*.

La figura 11 esquematiza una parte fragmentaria de la red correspondiente a la preposición *por*. Nótese que, de las tres extensiones, el nodo (c), que indica medio, no es metafórico. Resulta evidente que el alto grado de parecido literal que posee favorece su

inclusión en la red, ya que, tanto en el nodo (c) como en el central, (a), existe un trayector que tiene que atravesar el locus. Los nodos (b) y (d), en cambio, no se asocian a la red por su parecido literal con el prototipo, sino por las metáforas LOS INTERMEDIARIOS SON TRAYECTOS y LOS MODOS DE ACCIÓN SON TRAYECTOS. Los nodos restantes sirven para señalar que se trata de un análisis parcial y que existen numerosas extensiones del núcleo central.

A pesar del carácter incompleto de este enfoque, parece claro que la estructura semántica de las preposiciones no forma un cañón de sastre de significados inconexos, sin organización interna aparente. En realidad, forman constelaciones de significados con un alto grado de coherencia y obedecen a los mecanismos de las categorías radiales, tal y como sucede con las demás partes de la oración.

5.4. Categorías radiales y motivación

La trascendencia de las categorías radiales para el estudio del lenguaje se pone de manifiesto en múltiples dimensiones. En primer lugar, proporciona una alternativa teórica para describir categorías que no se ajustan a definiciones clásicas. En este sentido, la organización interna en forma de red representa un mecanismo analítico que libera y constriñe a la vez: libera puesto que ninguna categoría tiene por qué reducirse, en principio, a condiciones necesarias y suficientes; constriñe, ya que su estructuración en términos de prototipicidad permite que los miembros centrales disfruten de una ventaja de activación frente a aquellos no centrales (cfr. Williams 1992). El modelo facilita la explicación de ciertos procesos, pero no debe considerarse como un comodín, un mecanismo que permite "resolver" casos de difícil explicación.

Dada su cualidad no algorítmica, no cabe duda de que, en las categorías radiales, el aprendizaje juega un papel fundamental. Y esto es así porque las extensiones que se dan entre un nodo determinado y otro no son totalmente predecibles. Volvamos de nuevo a ciertos usos de *por*:

- (20) a. El tren pasa por el túnel
b. El tren pasa por mi casa

En la lectura general de (20a), *por* indica 'a través de', mientras que en (20b) esta preposición —por el bien del propietario de la casa— expresa una relación de 'al lado de'. Esta extensión no es completamente predecible, puesto que hay otras locuciones preposicionales, como el mismo *a través de*, que perfilan un trayecto que atraviesa un locus al igual que *por*, pero que no permiten la interpretación de 'junto a, al lado de':

- (21) ?*El tren pasa a través de mi casa

En el extremo contrario, conviene no olvidar que, si bien las extensiones dentro de una red no son del todo predecibles, tampoco son completamente arbitrarias. Como hemos apuntado, las categorías radiales parecen obedecer a tres principios generales: la metonimia, la metáfora y el parecido literal. Seguramente, esto tiene que resultar beneficioso para el aprendizaje de las categorías, ya que reduce los posibles tipos de relaciones que puede haber entre los nodos individuales y aumenta su coherencia. Así, las categorías radiales disfrutan de mayor o menor grado de motivación, pues permiten acomodar la idiosincrasia y mantener, a su vez, un cierto nivel de organización interna. En el capítulo siguiente podremos comprobar que los conceptos que acabamos de estudiar ofrecen una nueva luz para estudiar los fenómenos relacionados con el cambio lingüístico, al tiempo que éstos ayudan a entender mejor los problemas que hemos planteado.